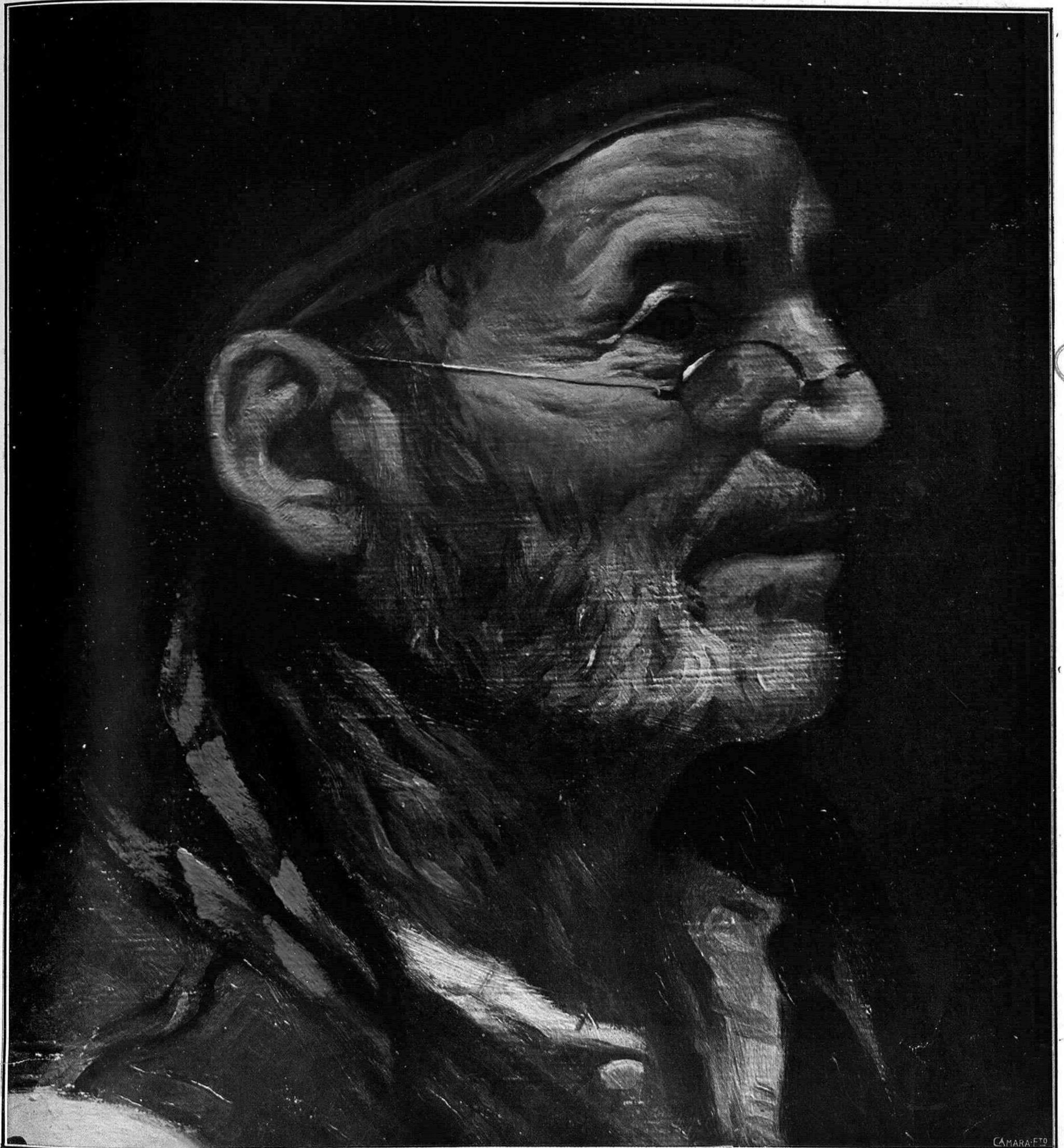


# La Esfera

16 Diciembre 1916

Año III.—Núm. 155

ILUSTRACION MUNDIAL



LIBRERIA  
DE  
MEXICO

CAMARA-FOTO

CABEZA DE VIEJO, cuadro de Adelardo Covarsí

# AL PÚBLICO QUE NOS LEE

UN clamor general se levanta en toda España ante la perturbación producida en nuestro régimen económico, primario y deficiente, por las consecuencias y derivaciones de la guerra. Las dificultades en el abastecimiento y la carestía creciente de todos los productos, plantea el mismo problema en el hogar, para la vida de la familia, que en la fábrica y en el taller y en la tienda, para la marcha de las industrias y de los negocios. Sólo los que trabajan sin precio, esto es, los que contratan fletes ó abastecen de municiones ó de ropas ó de víveres á los países en guerra, que pagan sin regatear, pueden subsistir en la anormalidad mundial producida por una contienda cuyo final nadie alcanza á prever; pero que ciertamente está lejano, si hemos de esperar á que se cumpla la profecía de Kitchener: el vencimiento por el agotamiento.

Esta situación angustiosa es más grave para los países que, como España, no estaban preparados y organizados para bastarse á sí mismos, teniendo necesidad de víveres extranjeros para completar la alimentación de su pueblo y de primeras materias extranjeras para el funcionamiento de la mayor parte de sus industrias.

Ejemplo característico de este hecho es el caso de las industrias periodísticas, que en nuestra organización social producen un artículo de verdadera necesidad primaria.

Ninguna otra industria, en igualdad de condiciones de cuantía de capital invertido y de número de gentes que sustenta, ha padecido con la guerra mayor daño. Tuvo una disminución de ingresos con la suspensión de los anuncios extranjeros y un aumento en los gastos con los servicios de información de la guerra. A poco de comenzar ésta, el encarecimiento del papel, porque encareció la pasta de madera, que es su primera materia y que se trae de las costas del Báltico, llegó á exceder del 50 por 100. Además, la industria del periódico no puede defenderse, como otras, encareciendo su producción, porque precisamente la base de sus especulaciones es la expresión ínfima de nuestra moneda: el céntimo, mientras que la valoración de su producto dura menos de un día: las dos ó tres horas que siguen á la publicación del periódico. En cambio, las sumas anuales invertidas en materiales y en trabajo intelectual y manual, representan cantidades que pocas industrias españolas de cuantía similar alcanzan.

Para los periódicos ilustrados, el problema producido por la carestía del papel se ha agravado con el enorme encarecimiento de otros productos que consumimos en grandes cantidades: el cinc para los fotograbados, las tintas para las tricromías y el rotograbado y las placas fotográficas especiales para la reproducción de cuadros de arte, etc., etc. Así es que nosotros, que vivíamos holgadamente hasta hace poco, nos encontramos en situación de tal dificultad, que nos obliga á confesarnos con el público de los periódicos que edita la Sociedad PRENSA GRÁFICA.

Y nuestra confesión es ésta: el papel que antes pagábamos á un precio razonable y sobre cuyo precio estaban hechos los cálculos de gastos de LA ESFERA, Nuevo Mundo, Mundo Gráfico y Por Esos Mundos, que con tan cariñosa acogida han llevado los lectores á las cumbres del éxito, nos ha sido encarecido en una proporción que oscila entre el 65 al 100 por 100. El consumo que hacemos en un año varía entre 1.500.000 y 1.600.000 pesetas. Si con los nuevos precios siguiéramos consumiendo la cantidad de papel que representan esas cifras, el déficit nos llevaría á la quiebra y nuestros periódicos morirían irremisiblemente.

Hemos callado hasta ahora y no hemos querido entorpecer las gestiones que la Prensa diaria realizaba cerca del Gobierno del conde de Romanones, porque, sabiendo que se nos había eliminado de la fila de las esperanzas, nuestra intervención hubiese ocasionado un daño á aquellos compañeros, sin provecho para nosotros, aunque éste hubiese sido justo. Pero hoy que los periódicos diarios han logrado que se les ayude, anticipándoles una suma que han de reintegrar al Estado en las condiciones que determina un Real decreto, nosotros podemos ya decir, sin perjuicio ajeno, que no queremos auxilios del Estado, puesto que ese auxilio de hoy puede ser fatal para la vida de estos periódicos, ya que ignoramos si, andando el tiempo, circunstancias imprevistas nos permitirán devolver ese anticipo al Estado, devolver ese dinero que es de nuestra patria, que es de nuestros hijos, y que vamos á derrochar ahora.

Por la misma razón, por no querer comprometer nuestro

porvenir y conservar en todo momento nuestra independencia económica, tampoco hemos querido aceptar, aunque la hemos agradecido, la proposición de nuestra suministradora de papel de cobrarnos de momento el 80 por 100 de nuestro consumo, dejando el 20 por 100 restante para irle abonando con un recargo de 10 por 100 en las facturas de tiempos normales.

Preferimos acudir á la conciencia del público, y ante su severidad y justicia decirle cómo queremos resolver este conflicto con nuestras propias fuerzas. Combinaremos las páginas de LA ESFERA y Nuevo Mundo sin reducir su número, buscando una compensación en las calidades del papel, y respecto á Mundo Gráfico, estudiamos una total reforma en su confección que nos permita seguir viviendo sin dejar de ser dignos del favor de nuestros lectores. Nos esforzaremos por seguir siéndoles gratos y útiles. Lo que no podemos hacer es engañarle y engañarnos, porque nuestra ética nos lo impide.

Y haremos algo más que constituye para nosotros un verdadero sacrificio en nuestros afectos más caros: suspendemos temporalmente la publicación de nuestra Revista mensual Por Esos Mundos, con objeto de repartir entre las demás publicaciones de esta Casa las energías de todo orden que en aquélla necesitamos emplear.

Únicamente así podremos resistir en las circunstancias que atravesamos: acudiendo á nuestros propios medios sin gravar los del Estado, y teniendo como consuelo en la dolorosa desaparición á que condenamos á dicha Revista, el propósito firme de reanudar su publicación tan pronto como aquéllas vuelvan á normalizarse.

No porque hayamos callado, para que no se dijera que nos interponíamos en el camino, á nuestro juicio equivocado, que otros querían recorrer, hemos dejado de formar juicio de lo que en estos momentos de tribulación debiera haber hecho la Prensa de toda España, como ejemplaridad para todas las industrias de la nación. Creemos honradamente que el encarecimiento del papel se hubiese producido, aun sin el forzamiento de la guerra, más tarde ó más temprano, y se mantendrá después de la guerra por el exceso de consumo creciente que se hace de las pastas de madera en todo el mundo y por la imprevisión de España no habiendo repoblado á tiempo sus montes y creado grandes masas de arbolado. Con haber hecho esto, pensando en bastarnos á nosotros mismos, como debe hacerse en otras producciones, nuestro mercado consumidor de papel, que es relativamente pequeño, estaría bien abastecido y á bajo precio, lo que nos permitiría invalidar los intentos de conquista intelectual de América hispana que se hacen desde el extranjero.

Podríamos aplazar ó olvidar este problema cuando no se nos aparecía en todo su brutal descarnamiento, como ahora, haciéndonos ver la inferioridad en que se encuentra España para toda alta empresa de difusión intelectual, cuya base es esencialmente el papel barato. Y era esta la ocasión. Ante el hecho planteado por la fuerza superior de la guerra, en todos los países se apela á los únicos procedimientos: economía para aminorar el daño y previsión para impedir que se repita en el porvenir. Todos los periódicos del mundo han disminuído sus tamaños, con lo que se aminora el gasto y se aleja el peligro de una mayor escasez, y aun el de la carencia de papel, si la guerra submarina sigue creciente y hace suspender el tráfico marítimo ó lo lleva á proporciones de encarecimiento que sólo pueden soportar las mercancías ricas ó absolutamente necesarias para la vida. Los millones que se van á anticipar á la Prensa diaria para que pueda continuar publicándose en proporciones de superficie y cantidad de papel, que hace pocos años hubiesen parecido inverosímiles, debieran gastarse en poblar nuestros montes y valles de especies forestales propias para la fabricación de papel, creando así una riqueza patria de que hoy carece España y haciendo factible para editores y escritores el afrontar su obra de difundir la cultura frente á la competencia extranjera.

Nuestros colegas no diarios, que con tanta inequidad han sido postergados en esos tratos entre la Prensa diaria y el Gobierno, deben, á nuestro juicio, perder toda esperanza y buscar, como nosotros, la compensación en el pensamiento y en la conducta del público que nos lee. Pensar otra cosa hubiera sido aceptar el absurdo de que vivimos en una nación donde el Derecho, la Razón y la Justicia están por encima de todas las conveniencias.

MOMENTOS HISTÓRICOS

LA HUMILDAD DE UNA REINA

ERA en aquellos años lejanos que comenzaba España á subir la cumbre de su grandeza para ser luego señora de entrambos hemisferios y para dar realidad y vida á la orgullosa y desafiadora frase «En mis estados no se pone el sol».

Un mundo nuevo nos había legado el arrojo científico de un hombre y la arrogante piedad de una mujer; por tierras de Italia flameaba victorioso el pendón de Castilla, y aún parecía que la religión del Crucificado tenía puesto su asiento en el solio de los monarcas hispanos.

La ciencia de Cristóbal Colón y la espada de Gonzalo de Córdoba constituían el joyel más preciado de la floreciente monarquía.

Mas como es fatal destino que no haya cosa perdurable sobre la faz de la tierra, tanta bienandanza comenzó á inclinarse hacia el dolor y la dura ley de la vida que es la muerte, gran señora de todos é igualadora de rangos y jerar-

mentado espíritu en la princesa Doña Juana, casada con el Archiduque D. Felipe de Austria; pero más que consuelo fuele nueva tortura. El desmedido amor á su esposo habíale sorbido el seso en tal manera, que no había forma de hacerla comprender ventura ni desventura que no estuviese prendida en el poema de sus celos.

La fuerza de sus desmanes obligaron á trasladar á la infelice desde Segovia al Castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde, en su desvarío por partirse en seguimiento del archiduque, llegase á intentar la fuga una tarde, saliendo hasta la misma entrada de la fortaleza, negándose luego á volver á sus habitaciones, pasose dos noches en la barrera á la intemperie sin admitir abrigo ni resguardo alguno.

Avisada que fué Doña Isabel, no tuvo otro medio que trasladarse á Medina no obstante la enfermedad que comenzaba á minarle la vida.

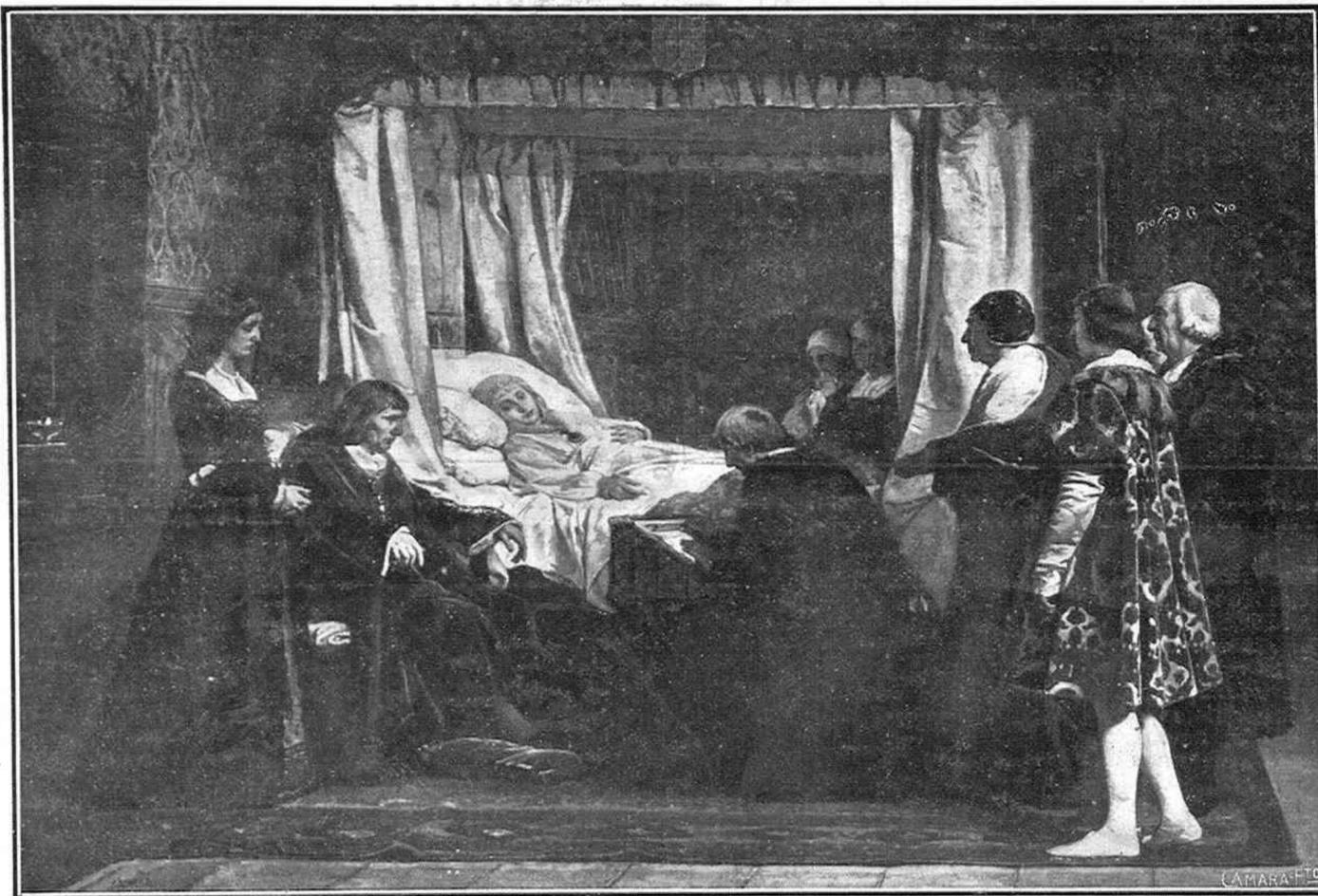
Al fin conoció Su Alteza que sólo la misma

trasladado é sepultado junto con el cuerpo de su señoría, porque el ayuntamiento que tovimos viviendo, é que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios ternán en el cielo lo tengan, é representen nuestros cuerpos en el suelo.»

Mandó que las exequias fuesen sencillas, antes como de labradora pobre que como reina poderosa, sin luto alguno ni demasiadas hachas; que sería más en servicio de Dios y bien de los humildes que se gastase en pan y vestidos para ellos aquello que hubiese determinación de gastarse en ultraterrenas pompas...

Más si hubiese de trasladar aquí siquier fuese no más que cláusulas importantes de dicho documento, no habría lugar en todo el número.

Nombraba, en fin, por heredera y sucesora de todos sus reinos y señoríos, á la Princesa Doña Juana, su hija, Archiduquesa de Austria y Duquesa de Borgoña. Aún desde esta fecha transcurrió un mes hasta llegar el postrero de su vida



“El testamento de Isabel la Católica”, cuadro de Rosales, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

quías; en esta poderosa tiranía se le semeja grandemente el niño ceguezuelo, á quien dicen *Amor* por buen nombre.

La musa y facedora de todo, la Reina Doña Isabel, comenzaba á rendir su fuerte naturaleza á los golpes y reveses de la vida.

Quiso el Destino (ó quien quiera que ande en este embrollado negocio de repartir dichas y pesares en los corazones) concederle como reina todos los triunfos apetecidos; pero, en cambio, como madre, no hizo más que bañarle el alma en hieles y pesadumbres.

De todas las desgracias de familia, acaso ninguna sintió con más dolor que la muerte del príncipe D. Juan, espejo en que su amor materno se miraba y esperanza de buen rey para los españoles.

Puede decirse que aún no habían desaparecido de sus ojos las huellas de lágrimas, cuando el fenecimiento de la mayor y más querida de sus hijas, la princesa Isabel, vino á colmar el cáliz de su amargura.

Las demás hijas, á cuya educación consagrara tantos desvelos, enlazadas con extranjeros príncipes en Flandes, en Portugal y en Inglaterra, no podían ser un consuelo para su pena, sino un motivo más de pesar por la tiranía de la distancia.

Sólo esperaba algún descanso para su ator-

causa del extravío podría dar á su hija algún consuelo, y dióle licencia para partirse á Flandes en busca del infante, para donde embarcó en Laredo la primavera de 1504.

Otro golpe más era éste que precipitaba la vida de la reina.

ooo

Así llegaron las cosas hasta el 12 de Octubre en que, conociendo Doña Isabel que su fin se acercaba, dispúsose á otorgar testamento, cuya extensión y minuciosidad demuestran que su inteligencia hallábase en el más perfecto estado de lucidez.

Luego de que dispuso como reina para el mejor gobierno y prosperidad de sus Estados, recomendó como mujer para el trato de sus restos y salvación de su alma.

Mandó que, así como hubiese hecho la jornada para la otra vida, vistierasela el hábito franciscano y sin tocarla para más se la dejase sin embalsamarla siquiera, hasta que el rey determinase cuál fuese el punto y hora del entierro, el cual había de ser en el monasterio de San Francisco, en Granada, en sepultura baja y cubierta con una losa llana y sencilla.

«Pero quiero é mando—añadía—que si el Rey mi señor eligiere sepultura en otra cualquier iglesia ó monasterio de cualquier otra parte ó lugar destos mis reinos, que mi cuerpo sea allí

Gran dolor, dicen los cronistas contemporáneos que era para el pueblo la pérdida de la *Señora* y así no cesaba de hacer públicas rogativas.

Viendo que según su conciencia dejaba allá en plan de arreglo los destinos de España, no pensó más que en los de su alma.

Recibió los Sacramentos con tanta devoción y recato que hubiera servido de ejemplo á la más pudorosa de cuantas bienaventuradas vírgenes gozan del Señor.

A tiempo de darle la extrema unción no sintió en que se la descubriesen los pies por no mostrarlos á gente extraña ni aun en tan supremo instante...

El 26 de Noviembre del año 1504, cuando la gente aldeana, que en redor del castillo de la Mota había hecho un pueblo por vivir más cerca de la adoración de su reina, arrodillábase al toque del Ave María, que marca la frontera entre la tarde y la mañana, y los mozos de labor tornaban del campo con las yuntas, viéronse sorprendidos conque luego deste tañido alegre la campana grande doblaba á muerto por la reina Isabel.

Sus pensamientos llenáronse de recelos para el porvenir, sus corazones de pesar y sus ojos de lágrimas. Y así dicen que por mucho tiempo lloró toda España.

DIEGO SAN JOSÉ



:: EL TIEMPO ::  
Y EL ABANDONO

## HUNDIMIENTO DE UNA CASITA ÁRABE EN LA ALHAMBRA



Fachadas de las tres casas árabes del Partal, una de las cuales, la última, se ha hundido el día 26 de Octubre pasado



Casita árabe contigua á la que se ha hundido, que está en peligro de desaparecer por el abandono en que se la tiene

EL *Noticiero Granadino* dió cuenta hace cosa de veinte días de un accidente lamentable ocurrido en la Alhambra en la noche del 20 de Octubre último. Ello fué que de las dos casitas árabes existentes en el lugar llamado *El Partal*, y unidas á la habitación contigua á la Torre de las Damas —casitas adquiridas por el extinguido Patronato—, una de ellas se derrumbó con estrépito, sin causa inmediata de temporal ó terremoto.

Con esa ruina se ha perdido, además de un recuerdo de la dominación árabe, los restos de bella ornamentación que aún conservaba el pequeño edificio, probable morada temporal, como las casitas adyacentes, de las favoritas de los sultanes. Consistía el decorado, del tiempo de Yusuf I, en las finas yeserías de una serie de tres ventanas sobre las que corría primorosa cornisa de mocárabes prolijamente pintados. Encima de la escalera existía un miradorcillo con techo de madera y decoración de yeso, no menos primorosa.

Esta casita destruida y sus compañeras estaban apuntaladas, esperando el momento de la consolidación. Pero ese momento no ha llegado. Por falta de consignación ó por no haberse girado en dicha fecha ni la mitad de la consignación para la Alhambra—el hundimiento pudo evitarse con un gasto de dos ó tres mil pesetas—, es el caso que ha desaparecido una de las pequeñas edificaciones árabes que dan á *El Partal* especialísimo interés histórico y evocativo. Hecho lamentable é inadmisible y—¿por qué no decirlo?—bochornoso.

Llamamos la atención del Ministro de Instrucción Pública, señor Burell, sobre este caso tristísimo



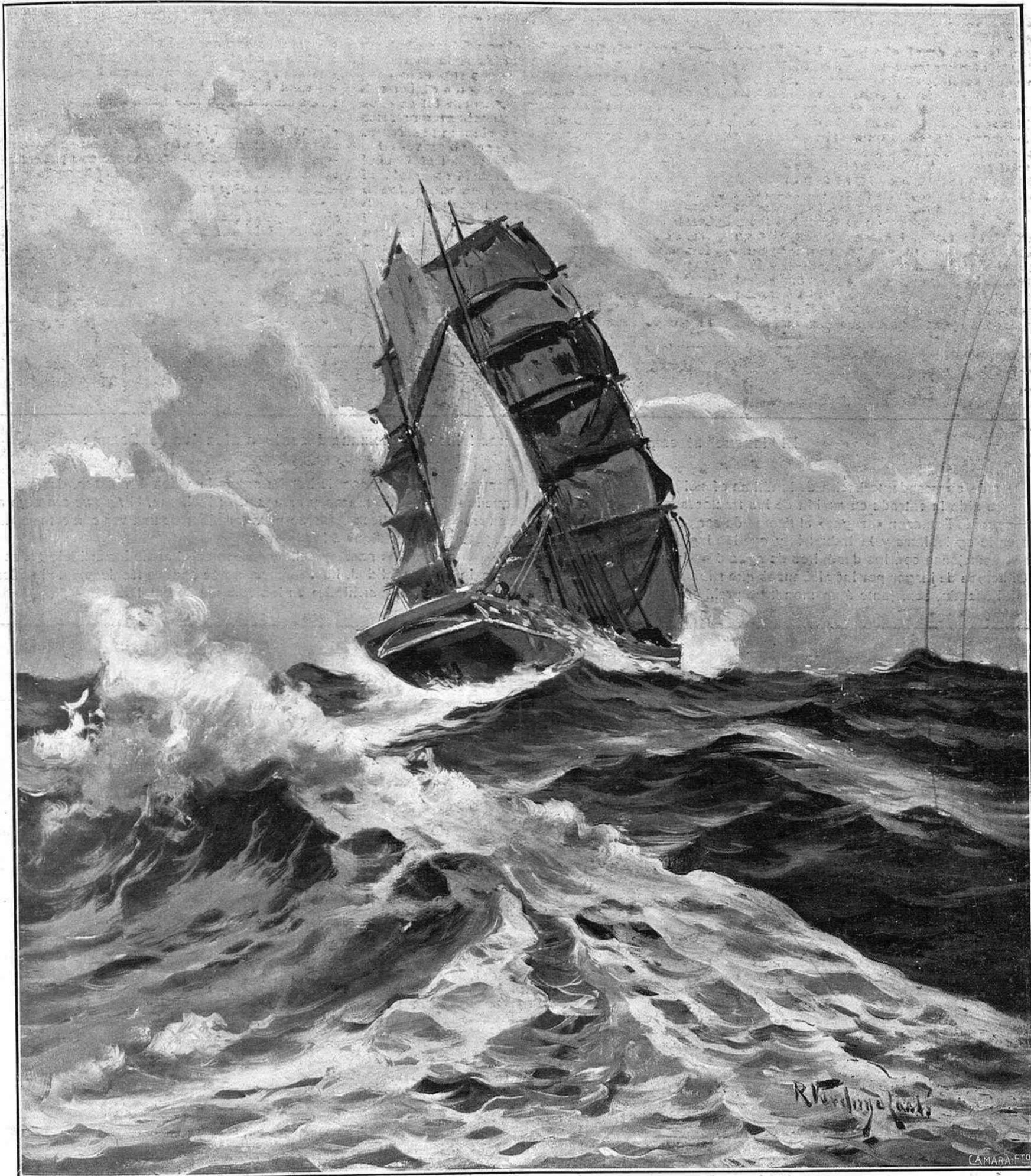
Casita árabe del Partal, próxima á la Torre de las Damas, de la Alhambra, que se hundió el día 26 de Octubre pasado

de incuria é imprevisión ocurrido precisamente en un recinto que es propiedad del Estado, pues si no se procede á consolidar con toda urgencia las casitas árabes restantes, será lo más probable que corran la misma desdichada suerte que la desaparecida en la noche del 20 de Octubre.

Levanta el ánimo pensar que nuestros gobiernos tienen en tan grande abandono los monumentos que embellecen á las ciudades españolas y son una constante evocación de emoción y de arte. ¿Es que los bajos menesteres de la política no dejan libre ni una hora para velar por la conservación de nuestra riqueza histórica y artística, ni siquiera para recomendar y encarrecer su reparación y su custodia? No es este caso de la Alhambra el único de que podemos avergonzarnos los españoles. Frecuentemente vemos que la incuria oficial da lugar á que manos plebeyas y entendimientos inconscientes, sin otra guía que una intención equivocada, profanen y destruyen monumentos que debieran ser considerados como una reliquia. Hace algún tiempo, á un distinguido escritor que visitó Santillana, le oímos lamentarse de la desaparición de los arcos concéntricos de la fachada principal de la Colegiata y de otras obras de fábrica grosera que han estropeado alguno de los ábsides y una parte del claustro. Y también del abandono en que se tiene á otros lugares del mismo claustro, ya amenazados de completa ruina.

Esperamos que el Ministro de Instrucción Pública, Sr. Burell, cuya inteligencia se hermana dignamente con un recto sentido artístico, adoptará las medidas oportunas en beneficio de nuestros monumentos.

# CORAZÓN VIAJERO



—¡Oh, corazón! ¡Mi corazón!,  
joven piloto, ¿á dónde vas?  
En este mar de la ilusión,  
oh, corazón, ¿naufragarás?...

—En viaje de Primavera,  
con otros jóvenes navegantes,  
oh, corazón, tú vas contento.  
El mar parece una pradera  
y son sus aguas ondulantes  
como la hierba bajo el viento...

—Por los puentes de las auroras

llegas á islas de placer,  
donde hay sirenas tentadoras  
que tienen nombres de mujer...

—¡Oh, corazón! ¡Mi corazón!,  
joven y alegre pescador,  
en este mar de la ilusión  
fiende sus redes el amor...

—Recogerás vano tesoro  
en estas aguas sin virtud;  
pero Amor, en su red de oro,  
apresará tu juventud...

—Circe, reina de las sirenas,  
te dirá su más bello canto;  
pero después todas las penas  
te cantarán en mar de llanto...

ooo

—¡Oh, corazón! ¡Mi corazón!,  
viejo piloto, ¿á dónde vas?,  
por este mar, sin ilusión,  
á ningún puerto arribarás...

—En tu postrer viaje incierto,  
bajo el furor de las tormentas,

oh, corazón, vas abatido  
por el inmenso mar desierto,  
de aguas amargas y violentas,  
hacia las playas del olvido...

—Por los puentes de los ocasos  
llegas á islas de dolor.  
¡En este mar de los fracasos  
ya no hay tesoros, pescador!...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI



El "tanque" atacando y destruyendo una trinchera alemana durante la ofensiva del Somme



Un "tanque" abriéndose paso a través de los restos de un bosque, durante la batalla del Somme

El más sorprendente hecho de la última ofensiva franco-inglesa en el Somme, ha sido la entrada en acción de los tractores blindados y artillados que los yanquis llamaron «orugas» al tiempo de ser por ellos inventados para su empleo en la agricultura y la industria y que los ingleses han denominado *tanques* por su semejanza con los depósitos de agua ó aceite mineral.

Si hemos de juzgar por las alabanzas que tributara la prensa al terrible ingenio marcial cuando, semejante á un monstruo prehistórico, apareció en los destrozados

campos de batalla segando vidas á millares, destruyendo alambradas, arruinando muros y arrasando trincheras, el *tanque* era algo así como el supremo más eficaz esfuerzo para terminar de una vez con esta espantosa lucha fratricida poner dique á las futuras.

Los pacifistas han puesto en el asolador artificio todas sus esperanzas; pero en realidad, hasta ahora, no se conoce técnicamente la eficacia de la «oruga blindada y artillada» en los campos de batalla.

Los periódicos ingleses hacen grandes elogios del moderno aríete autóctono, y de uno de ellos, de *The Sphere*, de Londres, son los cuatro interesantísimos dibujos que reproducimos en esta página. Los alemanes, por su parte, no dan gran importancia á la nueva máquina de guerra y aseguran que su empleo en la ofensiva franco-inglesa ha sido un completo fracaso.

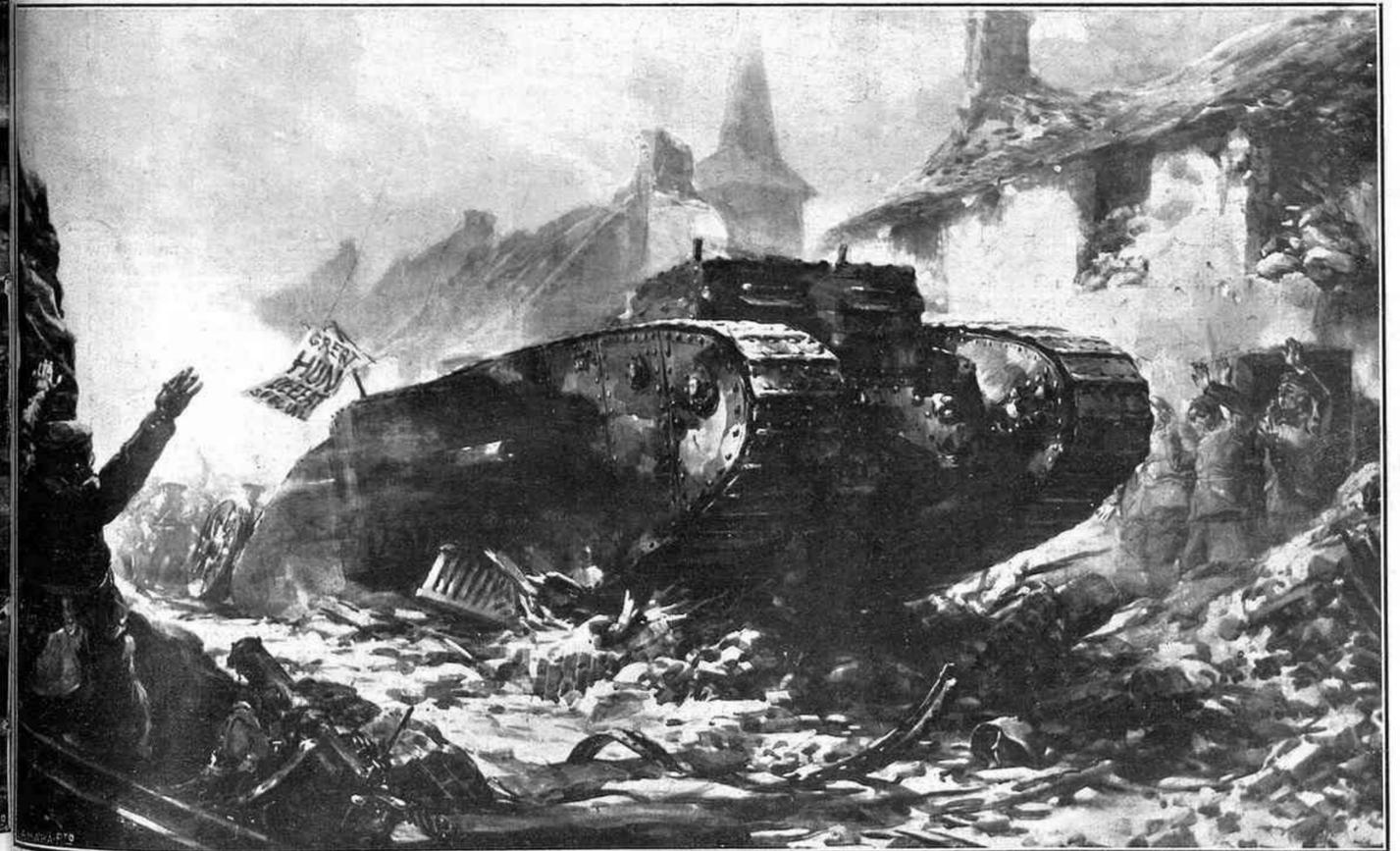
Sobre lo que haya de cierto en una y en otras manifestaciones, el tiempo dirá. Hasta ahora se trata ciertamente de un secreto, puesto que ni fotografías han po-

dido hacerse de los referidos artefactos. Los mismos ingleses los conocen «por referencia», y los dibujos que de ellos se han hecho no son sino ligerísimos apuntes que no dan más que una idea de la silueta del monstruo.

Los tractores blindados, movidos por potentísimos motores y con un peso de 50 á 60 toneladas, avanzan sobre anchas cintas metálicas sin fin, con gruesas es-trías capaces de asegurar á la pesada máquina el asidero constante sobre los terrenos, por quebrados que sean, y sobre los obstáculos que sobre ellos se elevan.

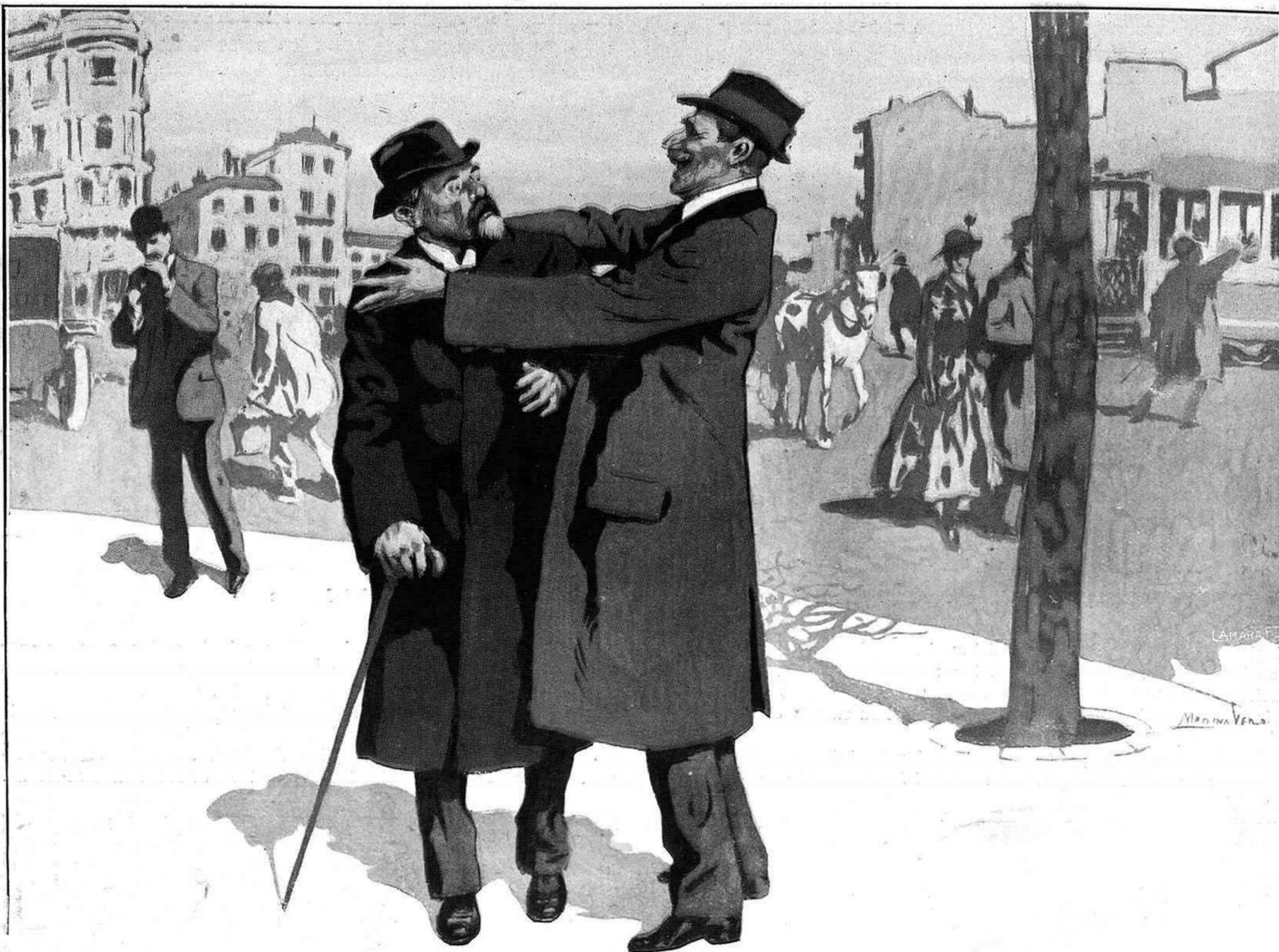


Huella impresa en una trinchera alemana por el paso de dos "tanques"



Un "tanque" blindado y artillado atravesando un pueblo y despejándolo de alemanes





CUENTOS ESPAÑOLES

LA MARQUESA

CAMINABA distraídamente D. Antolín cuando súbitamente vióse apretujado por unos brazos nervudos que le golpeaban cariñosamente la espalda, á tiempo que una voz, para él desconocida, decíale en tono de contento:

—¡Ya era hora, barbián! ¡Cuántas ganas tenía de encontrarte!

Don Antolín, deslizándose con vivo recelo del insólito abrazo, miró severamente al que con tanta familiaridad le trataba, y luego de cerciorarse en rápida requisa de que no fué desvalijado de cosa alguna, repuso con acritud:

—Caballero, sin duda usted sufre una lamentable equivocación...

—Rompió el otro á reír clamorosamente, y, volviendo á estrecharle entre sus brazos, replicóle:

—¡Tú siempre igual! ¡Los años no te han hecho cambiar de humor lo más mínimo!...

—Repito, caballero, que se ha equivocado usted.

—Pero... ¿de verdad no me conoces? ¡A ver! ¡Fíjate en mi cara!... ¿No te dicen nada estos bigotazos?... ¿No recuerdas mi voz? ¿Será posible que hayas perdido tanto la memoria, Antolín?

Al oírse llamar por su nombre, hubo de pensar que quizá fuera él quien estuviese equivocado. Y, desarrugando el entrecejo y dulcificando la voz, arguyó confuso:

—No caigo, la verdad... ¿Es usted, acaso, D. José Ortigueira?

—¡Cá, hombre!

—¿Bonifacio Sequeiro?

—¡¡Frió!! ¡¡Frió!!

—¡Ah, sí! Usted es D. Juan Ormachea, tío de Pepe Santa Cruz... Sí, sí; ahora recuerdo su fisonomía...

Una nueva carcajada fué la negatiya de su interlocutor.

—Pues si no es usted ninguno de esos señores—replicó visiblemente contrariado—, ¿quién demonios es usted?

—Pero, ¿no te acuerdas de Zomoza?

—¡Acabaras, hombre! ¿No he de acordarme? ¡Y poquitas ganas que tenía de verte! Ahora soy yo el que te quiere abrazar. Ven aquí, ¡caramba!, ven aquí.

Y sin dejar de expresarle su júbilo con exclamaciones que probaban su sorpresa y su cariño, estrechóle fuertemente, en un abrazo largo, como si con él quisiera desquitarse de lo que no le pudo dar en los muchos años que llevaban sin verse.

Luego, mientras le obligaba á entrar en un café, argumentó en disculpa de sus incertidumbres:

—Chico, francamente, no te conocí. Y eso que los rasgos de tu cara dicen en seguida que eres de los Zomoza. Si hubieras ido de uniforme, otra cosa sería, porque por tu primo Pedro supe que ya eras brigadier... Sin embargo, no me negarás que seis lustros son muchos años para reconocer así, de pronto, á un amigo, por demasiado que se le quiera...

—En cambio, yo sí te conocí, lo que me prueba que, zoológicamente, soy de escala inferior á la tuya, toda vez que tengo más desarrollado el instinto.

Aquella «salida» produjo en D. Antolín la más regocijada hilaridad.

—¿Te ríes? ¿Crees que he dicho una tontería? Pues escucha un caso estupendo, que me ha ocurrido á mi llegada á Rubián, y me dirás luego si tengo ó no razón para expresarme así. Mi palabra de brigadier que cuanto voy á contarte es rigurosamente verídico, sin el más leve asomo de hipérbole. Seguramente te asombrarás, como se han asombrado todos los que conocen tan extraño caso.

Y el bravo brigadier, acicatado por la curiosidad de su amigo, comenzó la narración.

□□□

... En Rubián, circundada por esos grandiosos paisajes gallegos de magna belleza, yérguese con austera arrogancia la vetusta casa solariega de los Zomoza, de cuya noble prosapia habla al visitante el rancio escudo de glorioso mote que ostenta en la fachada principal. En esa mansión, y allá por los años en que Cuba comenzara á exteriorizar los primeros fermentos insurreccionales, residía un matrimonio—descendiente directo el esposo de la ilustre rama de los Zomoza—á quien plugo al cielo conceder dos hijos, varones ambos, cuyo primogénito, siguiendo la tradición de la casa, abrazó la carrera militar para reverdecer los laureles de sus mayores.

Azares de las armas separaronle de la familia, cuando aún no cumpliera veinte años. Luchó en Cuba para someter á los facciosos, intervino luego en las contiendas de la guerra civil, mostrándose siempre digno depositario del honor de sus ascendientes y ganando muy merecidos honores y ascensos. Y así, ocupado constantemente en los penosos deberes militares, que por entonces no dejaban margen á la holganza, transcurrieron varios lustros sin que le fuera posible tornar á la casa solariega, ni aun en aquellos tristes días en que sus padres exhalaban el último suspiro.

Las cartas del segundón suplían un tanto la ausencia, calmando la roedora nostalgia con extensas narraciones que eran á modo de crónica de cuantos sucesos pudieran interesarle. Por ellas conocía la marcha de los negocios, comunes á ambos, el desarrollo de la política local, el florecimiento de sus heredades... No olvidaba tampoco hablarle de la servidumbre, del ganado, y, muy especialmente, de los perros, que constituían para la casa de los Zomoza uno de sus más grandes orgullos.

Eran feos, de larga pelambre, cortos de hocico y de mediana altura, pero de una fiera sin ejemplo, superior á toda ponderación, cuya fama había traspasado los límites de la región gallega para extenderse por toda la Península. Inútil la prevención contra tan fieros canes. Guardas y cerrojos estaban de más. Uno solo se bastaba para asegurar la tranquilidad de los dueños. A los Zomoza podía pedirseles cualquier favor, en la seguridad de que accederían, pero un ejemplar de aquella terrible raza no lo consiguiera nadie, no obstante ser muchos los que reiteradamente lo habían solicitado.

Por las cartas del segundón sabía el primogénito la suerte de los canes. Cuando alguno estaba enfermo ó moría, apresurábase á comunicarle el suceso cual si se tratara de una tremenda desgracia. De los que el primogénito conociera al marchar, ya no quedaba uno. Pero había, en cambio, una hembra llamada *Marquesa* que, al decir del hermano, no la hubo igual de listeza y bravura en toda la casta. Tantas «proezas» le contó, y tal era el entusiasmo que el segundón tenía por aquel animal, que la célebre *Marquesa* llegó á ser tan familiar para el primogénito como aquellas otras que trataba en las reuniones cortesanas.

Siendo ya brigadier, avisaronle desde Rubián que su hermano hallábase gravemente enfermo y que era necesario fuese, por si la dolencia tenía un fatal desenlace. Lleno de inquietud, apresuróse el primogénito á emprender la marcha, bien ajeno á las muchas sorpresas que iba á recibir. Lo que treinta años antes parecía olvidado de la civilización, presentábase totalmente transformado. Sólo los paisajes conservaban aquella magnífica grandeza que tantas veces evocara contemplando en Cuba la manigua. Los ferrocarriles no sólo abreviaron el camino, sino que condujeron sobre sus rieles al Progreso, dando facilidades á la comarca para entrar en un franco período de prosperidad. La casa solariega, antaño tan distante de los rápidos medios de locomoción, apenas distaba dos kilómetros del ferrocarril. También las gentes habían sentido la influencia civilizadora, si bien á través del nuevo barniz transparentábase la idiosincrasia genuína.

En su deseo de llegar lo más pronto posible, el brigadier ordenó al rapaz que llevaba su maletín fuese por un atajo que le era conocido y que

iba á dar á un portillo por el cual hacía sus escapadas nocturnas en los dorados días de su juventud, cuando el corazón no distinguía de clases sociales y lo mismo daba cabida en sus amorosas querellas á la princesa altiva que á la que pesca en ruín barca. Tal camino evitaba, además, el rodeo de la carretera, economizando no poco tiempo.

Apenas entraron en la finca, la terrible jauría les salió al encuentro entre estrepitosos y alarmantes ladridos. El muchacho, que no ignoraba la fiera de los animales, buscó cobijo en el brigadier, que púsole tras de sí para librarle de la acometividad de los perros. Y cuando éstos, chispeantes los ojos, se disponían á lanzarse sobre los temerarios que así osaban penetrar en sus dominios, el brigadier gritó con voz imperativa «¿Qué es eso, *Marquesa*?»

El animal detúvose un momento; volviósese á sus cachorros para imponerles quietud con un sordo gruñido; fuese luego á olfatear al brigadier y acabó dando saltos y caracoleos á su alrededor, con ladridos de alegría... El instinto le había hecho conocer que «aquel hombre» no era ajeno á la casa, que era «un amo»...

ooo

—Ya ves—dijo el bravo militar á su atónito amigo D. Antolín—cómo la superioridad en los instintos está en razón inversa de la superioridad zoológica, y ahí tienes la explicación de por qué creo no sea ninguna tontería el suponer inferioridad en los hombres que los tienen muy desarrollados.

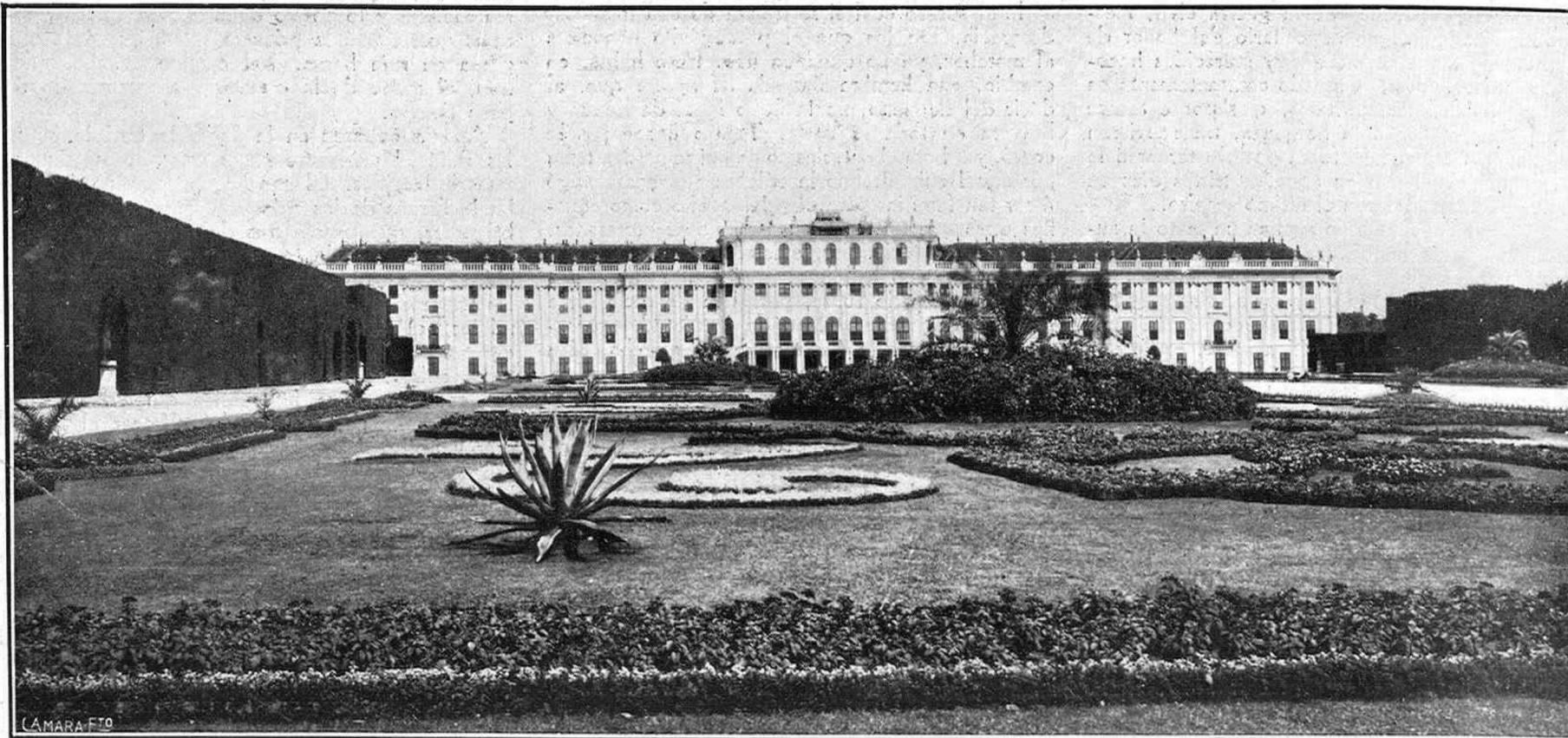
EDUARDO ANDICOBERRY

DIRIJOS DE MEDINA VERA



POR LOS CAMINOS  
DEL MUNDO

SCHOENBRUNN



Vista general del Palacio de Schoenbrunn

**H**ARÁ próximamente un año vi por primera y última vez á Francisco José, Emperador y Rey. Fué precisamente en ese marco de Schoenbrunn. Los austriacos acababan de recuperar á Lemberg.

Viena estaba de fiesta. Enormes banderolas que casi cubrían los edificios mostraban al sol triunfal los colores emblemáticos de los Estados que componen el Imperio. En muchos balcones se veía el retrato del Soberano rodeado de flores y luces. De vez en cuando atravesaba bajo los árboles del Ring una charanga cuyas notas se propagaban en el aire puro y ligero, de un domingo veraniego. Había grupos de niños que contemplaban con ojos asombrados, esos ojos claros de los niños germanos, la decoración exuberante, un poco recargada, á decir verdad, de percalina y floripondios.

La gente pasaba apresurada, con el andar suelto y un tanto saltarín que transparenta albricias. Se creía á los rusos definitivamente vencidos. Por la noche hubo manifestaciones á la luz de antorchas y farolillos venecianos.

Miles de personas, formando un cortejo solemne, á cuya cabeza marchaba la policía de á caballo con sus cascos negros, donde campean en oro las águilas de los Hapsburgos, se dirigieron por las grandes avenidas vienesas, que fueron trazadas con una preocupación de teatralidad, á los palacios oficiales de los Archiducos.

Era una muchedumbre acompasada y dócil, en la que se mezclaban, sin confundirse, niños de las escuelas con estandartes, soldados, mujeres, paisanos endomingados; todos sometidos á un mismo patrón de seriedad y mutismo.

A veces era tan grande el silencio de las turbas, que sólo se oía un isócrono rumor de pasos, hiriendo la tierra.

Sobre el mar de cabezas navegaban lentamente grandes faroles de colores encendidos, cuyos portadores cuidaban de mantener enhiestos. Era una manifestación grave, que hubiera podido creerse de carácter litúrgico, sobre todo cuando poco á poco, hinchándose como una ola de religiosidad, elevábanse al cielo estrellado los himnos patrióti-

cos. Sonaban las estrofas del *Deutschland iiber alles* ó los del *Wir halten fest und treu zuzusammen*, entonadas á coro por millares de gargantas con un trémolo de unción mística, que emergía del fondo de toda una raza. Llegados frente al palacio de algún Archiducos, uno de esos edificios monumentales y herméticos que se alzan como rocas inabordables en las calles vienesas, se detenía el inmenso cortejo, destocábanse las cabezas, alzábanse los ojos llenos de respeto, y á manera de rezo ancestral, brotaba otra vez el cántico.

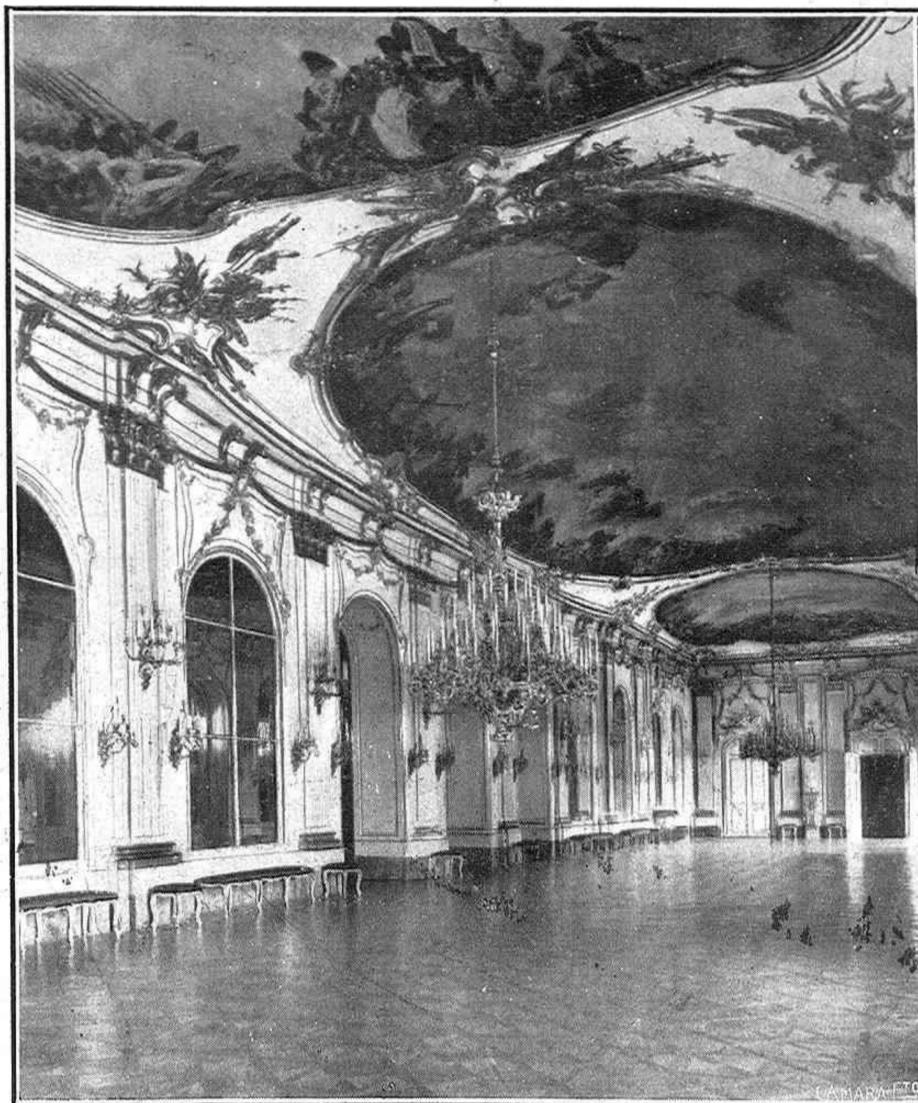
En San Esteban, la iglesia centenaria, ahumada de salmos y de incienso, celebróse una misa en acción de gracias, con asistencia del Archiducos heredero y su mujer, la Princesa Zita de Parma, cuyos hermanos, los Príncipes Sixto y Javier, combaten al lado de los aliados. Al salir de esta misa encaminóse el pueblo hacia Schoenbrunn, la residencia imperial, para ofrendar al Soberano la gloria de aquellas jornadas. Fué entonces cuando durante un minuto pude ver la figura del anciano egregio vestido con uniforme blanco y azul.

Yo estaba muy lejos de la terraza, desde donde solo y erguido, con una sonrisa de abuelo, saludó Francisco José á los millares de súbditos que, conturbados de emoción, parecían ofrecerle alma y cuerpo.

El Emperador atravesó una puerta y desapareció á nuestra vista. La escena histórica había terminado.

Schoenbrunn había guardado de nuevo al Hapsburgo octogenario, que allí acababa sus días, bajo la protección de las águilas bifrontes, que vieron la ruina de Napoleón.

Es Schoenbrunn un palacio amarillento, al gusto de Versalles, que se alza en los alrededores de un parque gigantesco. La mole, enchatada y tristonca, resalta sobre los viejos árboles del tiempo de María Teresa, que cada año se cubren de frondas



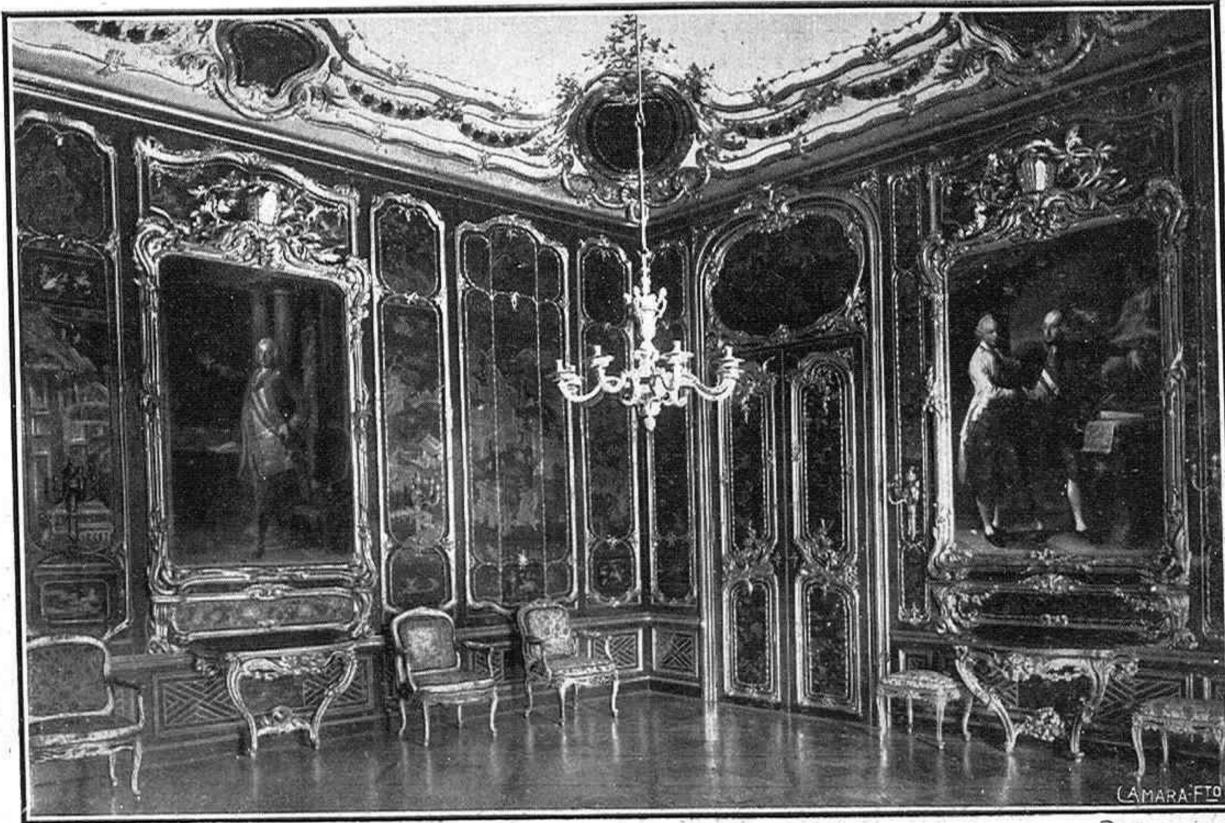
Gran salón del Palacio de Schoenbrunn

nuevas. Sus ventanas están siempre cerradas, en sus salones hace muchos años que no sueñan los valeses de Strauss, ni sobre la fina madera de sus pisos cruzan los bailarines. La pompa de la Corte, que copió sus etiquetas de los Austrias españoles, no llega a Schoenbrunn; se detiene en Viena. El Emperador vivía en la soledad y el retraimiento, rodeado por los fantasmas del pasado.

Por los mil quinientos salones desiertos vagan las memorias de María Teresa, que supo vencer a la adversidad; de José II, el dulce Emperador filósofo, sobre cuya tumba se destaca este epitafio de desaliento, dictado por él mismo: «Aquí yace José II de Austria, desgraciado en sus empresas.»

A veces pasa por el Palacio el recuerdo de Napoleón, que en él estableció sus cuarteles cuando entró vencedor en Viena. Las mismas estancias que albergaron al primer Bonaparte traen a la mente el recuerdo de su hijo, el malogrado duque de Reischstadt, el Rey de Roma, que en ellas vivió y murió prematuramente, atezado por ensueños de empresas gloriosas nunca realizadas.

La romántica Emperatriz Isabel, la amiga de



Una de las salas del Palacio de Schoenbrunn

Luis de Baviera, que llenó su ataúd de jazmines, perfumó con una vida sentimental este palacio centenario, y en él corrió la mocedad del Archiduque Rodolfo, asesinado en el misterio de Maeyerling.

Las remembranzas tienden sobre Schoenbrunn un velo de lágrimas. La belleza de sus jardines, que reproducen todas las gracias del estilo de *Le Notre*, no son suficientes para hacer olvi-

dar el pasado. A este Palacio venimos con el alma estremecida por un romanticismo lamartiniano, y nuestro espíritu prefiere a la bulla palatina de antaño la soledad de ahora, que tan bien cuadra con el destino dramático de los Hapsburgos, maléficamente encarnado en este Alcázar.

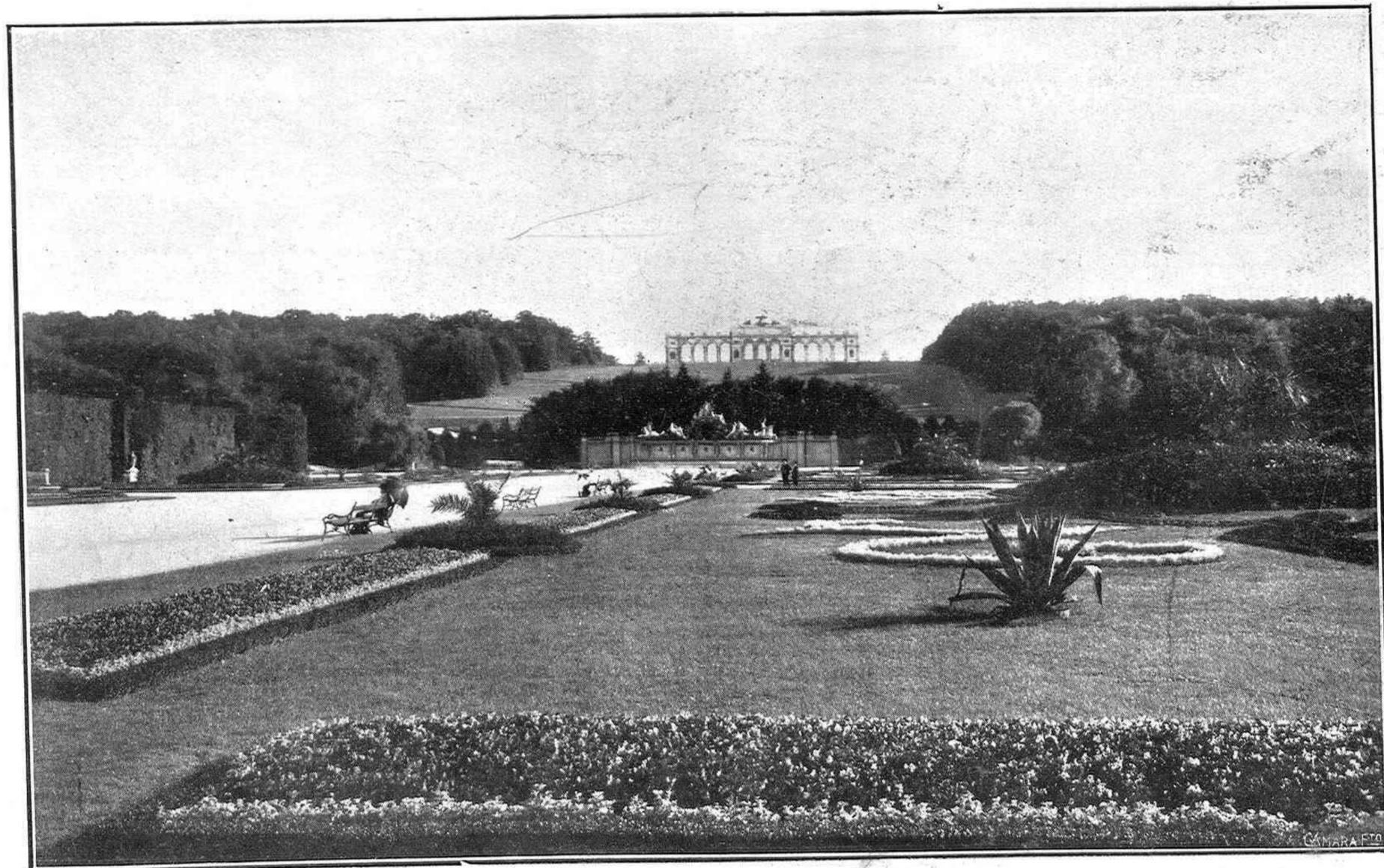
Viejo el Palacio, viejo el parque, viejas las aguas cansadas del río, viejo el cielo que parece una seda antigua, viejos el Emperador y su corte, viejas las águilas que coronan el edificio. De todas estas vejeces se alzaba una emoción angustiosa que oprimía el corazón como una pesadilla.

Cuando la tarde cae diríase que con las sombras cobran vida spectral los fantasmas trágicos.

En el silencio de la noche todo rumor humano se apaga. Sólo se oye el crujir de una rama, un gemido del viento, el sordo arrastrarse del río, que parece un lamento eterno e irremediable.

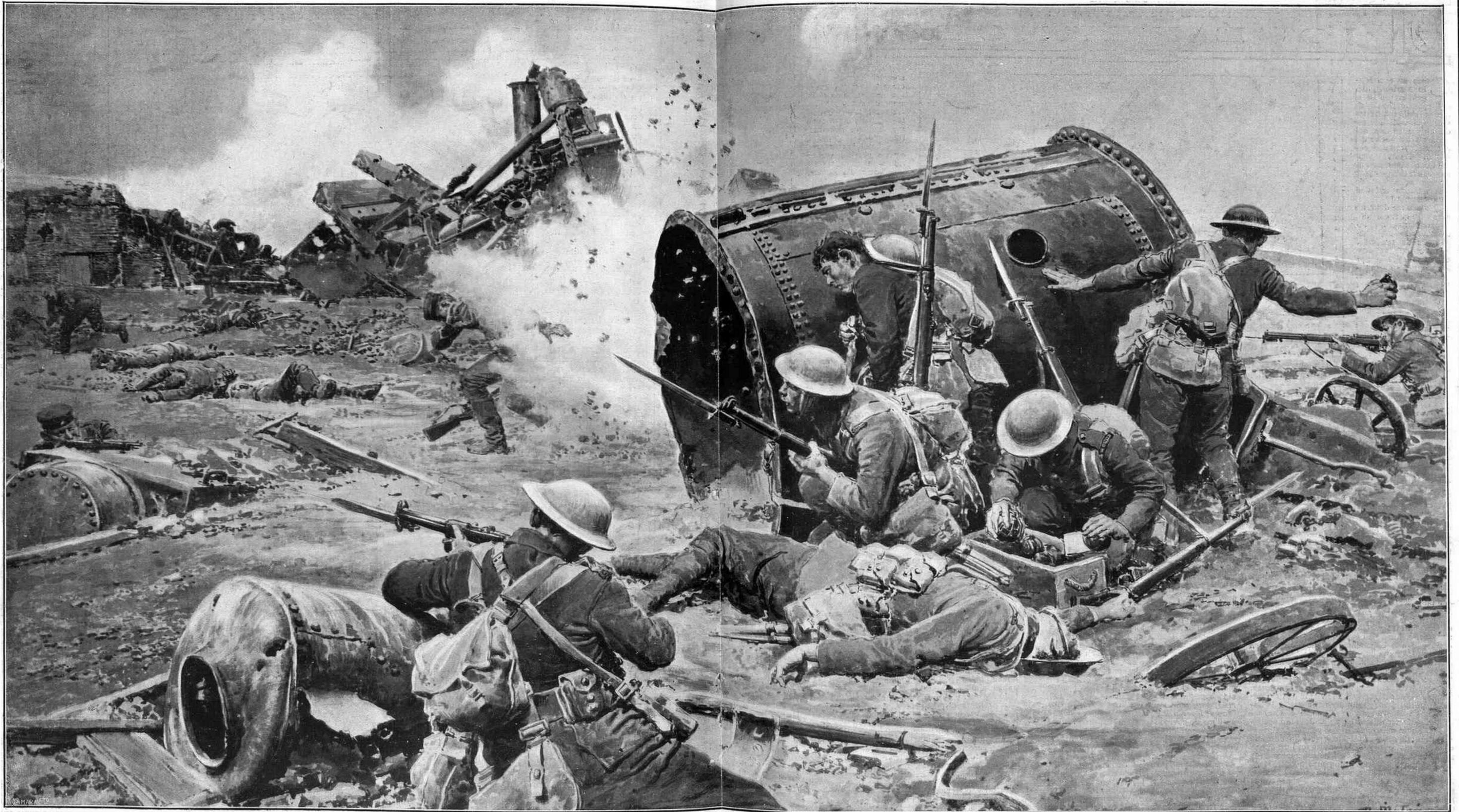
En el Palacio de Schoenbrunn no brilla una sola luz. Hundido en la obscuridad, es una mole negra, inquietante.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN



Detalle de los jardines del Palacio de Schoenbrunn





Toma de la fábrica de azúcar de Courcelette (Somme) durante el avance inglés, no obstante la formidable defensa realizada por las fuerzas alemanas

Dibujo de F. Matania

NUESTRAS VISITAS

## JOSÉ FRANCÉS

Como un escandaloso grito de alegría entraba el sol maravilloso de aquella mañana de invierno, invadiendo todos los rincones del artístico despacho del escritor. También entraba el silencio apacible de la olvidada calle, contribuyendo a dar la sensación de una ansiada soledad campestre.

Francés me dejó un momento que, callado, contemplara el conjunto decorativo de su habitación de trabajo. Mientras que yo descorría mi mirada por los magníficos lienzos de Beltrán, Moisés, Mezquita, Domingo, Posada, Mir, *Echea*, él saboreaba mi impresión agradable con una íntima satisfacción. Después me fué haciendo el historial de cada cuadro: «Ese retrato me lo hizo Mezquita hace dos años; ese cuadro de Posada es un boceto del cuadro que ganó el segundo premio. La tablita ésta de *Echea* fué premiada en Bellas Artes.»

Es el despacho una exposición pequeña. El espíritu de una mujer artista vigila allí los menores detalles.

—Vive usted como un prócer, Pepe—le dije, al mismo tiempo que tomaba asiento en su sillón de trabajo entre dos tizonas del siglo xvii.

—No—contestó él sonriendo—. Lo que pasa es que todo esto que usted ve es el íntimo deleite de mi vida. Amo como nadie mi casa y mis afectos. Soy un hombre de hogar. Gozo viendo mis muebles; mis cacharros, mis libros, mis cuadros, como usted no puede figurarse, y, si por algo me inquieta la muerte, es por el pensamiento de dónde irá después todo esto tan amado y que tanto trabajo me ha costado reunir en torno mío.

Y yo, al mismo tiempo que escuchaba atentamente al notable escritor, pensaba en la gran transformación física que ha sufrido en los doce años que nos conocemos... Cuando entonces nos estrechamos por primera vez las manos, era Francés un muchacho de esos que las tobilleras clasifican de soñadores é interesantes. Desnutrido, macilento, enfermizo. En sus ojos melancólicos, cercados por violáceas ojeras, parecía llevar estereotipada la visión de la muerte. Su gran tupé sagastino era una greña de bohemio. Comienza entonces Francés a sembrar buena sementera literaria, y viéndole tan escuálido no había más remedio que pensar con pena: «¡Lástima de muchacho! No cojerá la cosecha de su talento!». Seguramente Francés un día se sintió feliz, arrojó de su espíritu los pesimismo y las visiones fúnebres y comenzó a vivir. Hoy, el consagrado escritor, ya ídolo de los lectores, es un hombre excesivamente recio y sano que no recuerda en nada al muchachuelo de hace doce años.

—¿Cuántos años tiene usted Pepe?—le pregunté, como un resultado de mis meditaciones.

—Tengo ya treinta y tres, querido *Audaz*. Nací el 22 de Julio de 1883, y en Madrid, aunque mucha gente me cree todavía valenciano porque



JOSE FRANCÉS, en su biblioteca

en mis comienzos literarios tuve íntima amistad con Blasco Ibáñez. Hay también quien me cree asturiano por el cariño que tengo a esa región encantadora. Raro es el libro mío en que no aludo a Asturias ó en que no hago intervenir tipos asturianos. Incluso mis dos primeras novelas, *Abrazo mortal* y *Dos cegueras*, publicadas hace catorce años, y mi drama *Más allá del honor*, estrenado en 1908, intentaron reflejar ambiente, paisaje y costumbres de Asturias.

—¿Desde pequeñín, sintió usted decidida inclinación por la literatura?

—Siempre. Desde muy niño. Y alternaba la afición con el dibujo. No sabría decirle si el primer cuento lo escribí ó lo dibujé en varias viñetas. Lo que sí supongo es que sería caballeresco ó fantástico. Dumas, Fernández y González y Julio Verne fueron mis ídolos cuando niño. Además, tenía el ejemplo de mi padre. Mi padre ha sido escritor también. Fué redactor de *La Correspondencia de España*. Fundó en Puerto Rico el *Puerto Rico Ilustrado* y tiene publicado un libro de cuentos y artículos descriptivos de costumbres filipinas titulado *Galeradas*.

—¿Tuvo usted desalientos en sus balbuceos literarios?

—Nunca. Desde que publiqué *Dos cegueras* y *Abrazo mortal*, no he sentido el menor desaliento ni el más pequeño cansancio. Tengo una voluntad enorme. Más fuerte que los obstáculos ajenos y que los desfallecimientos propios. Y eso que, ¡ay, José Marí!, usted no sabe qué años más terribles los primeros y cómo he trabajado siempre. Llegué a enfermar. Yo era entonces un candidato a la muerte. Trabajaba doce ó catorce horas diarias; dormía cuatro ó cinco nada más. Fué entonces cuando traducí en una

semana libros de trescientas páginas, por los que me pagaban cien pesetas, y me hacía cuarenta ó cincuenta cuentos para el editor Sopena, que me los pagaba *¡a duro!*

—¿Cuál era entonces su escritor preferido?

—Eduardo Zamacois.

—¿Por qué?

—Luego he supuesto por lo que sería. Los libros de Zamacois me empujaron hacia los verdaderos maestros de la novela contemporánea, los naturalistas franceses. Y esta última admiración no ha cambiado. Sigo creyendo en Zola, en Maupassant, en Flaubert, en los Goncourt.

—¿Y en la actualidad?

—Es un poco peli-grosa la contestación. A los treinta años no se pueden hacer las afirmaciones de los veinte. Y tal vez fuesen menos sinceras.

—Sinceramente, Pepe, ¿ama usted la vida de literato, ó preferiría haber tomado otra profesión?

Dudó un momento; al fin rompió su indecisión sinceramente.

—¡No! No amo la vida de literato. La soporto y procuro transformar todo su veneno en un recurso vital. La medicina nos da el ejemplo de este contrasentido. Si yo tu-

viera un hijo, le juro a usted que este hijo mío no sería escritor. Yo habría querido ser marino ó caricaturista.

Y como sorprendiera mi risa, exclamó con vehemencia:

—No, no se ría usted. Marino primero. Los viajes a Cuba, a Filipinas, a Puerto Rico encantaron de aventura mi alma; los libros de Verne y de Maine Reid aumentaron después aquella sed de emociones exóticas ó de los horizontes flotantes. Incluso se habló seriamente de comenzar los estudios; pero mi madre lloraba de angustia y de terror ante aquella posibilidad, y desistí. Lo de hacer caricaturas ya no era tan peligroso como seguir las rutas azules. Yo tenía muchos entusiasmos y bastantes condiciones —¡palabra de crítico de arte!—é incluso he publicado historietas inocentonas, firmando con el pseudónimo «Córcholis» en un semanario titulado *Monos*, y caricaturas políticas en *España Nueva* firmando «Tik-Nay». Por cierto que la primera vez que fui a *Vida Galante* para intentar colaborar en aquella revista tan juvenil y tan simpática, no llevé cuartillas literarias, sino una gran cartera de dibujos humorísticos. Entré en la sala de espera a las cuatro de la tarde y aguardé a Zamacois hasta las ocho de la noche. ¡Cuatro horas mortales, desesperantes, que no olvidaré jamás! Zamacois no se presentó aquella tarde por la redacción; pero desde mi rincón húmedo y obscuro—ni siquiera se molestaron en encender la luz—vi en una sala contigua reír y discutir y hablar de mujeres a cinco ó seis individuos. Luego supe que eran Manolo Carretero, Pedro Barrantes, Joaquín Segura, Gascón y Navarrete. Cuando ya me decidí a marchar y llamé al portero para dejar mi tarjeta, le pregun-

té quién era el que más chillaba de todos. «El Sr. Navarrete—me contestó—; el director artístico, vamos. Si lo que trae usted son *monos* él es el encargado de admitirlos ó no. ¿Quiere usted que le avise?» ¡Protesté horrorizado! ¡Navarrete juzgar á los caricaturistas jóvenes! ¡No! ¡No! ¿Usted no recuerda cómo dibujaba este señor, querido José Marí? Tal vez debido á esto la segunda vez que volví á *Vida Galante* ya no llevaba dibujos, sino artículos.

—De todo lo que ha leído usted, ¿cuál es la obra que más emoción le ha causado?

—Qué sé yo. Es difícil una respuesta. Tendría que citar muchas. Porque soy un gran eclético. No comprendo las intransigencias de escuela ni los partidismos. Me parece que es como si achicáramos nuestra sensibilidad, haciéndola incapaz de amarlo y comprenderlo todo.

—¿Qué cultiva usted con más gusto: el teatro ó el libro?

—El libro. Indiscutiblemente. El teatro es un arte inferior. Los mejores dramaturgos, en el sentido que la gente concede á esta palabra, han sido, y son, siempre detestables escritores.

—De todos sus libros, ¿cuál es el preferido por el público?

—*El alma viajera*, que se publicó horrorosamente mutilada en *El Cuento Semanal*.

—¿Y usted, á cuál quiere más?

—*La danza del corazón*. En esta novela, y en *El hijo de sí mismo*, están los momentos más emocionantes de mi vida y vibra la más fuerte é indeleble pasión que he sentido y sentiré.

—Luego, según eso, ¿usted vive los libros antes de escribirlos?

Francés afirmó rápidamente.

—¡Oh! Sí, sí. Mis novelas se nutren con mi realidad.

—De sus obras de teatro, ¿cuál es la que á usted más le gusta?

—*Cuando las hojas caen*. La estrenó, en el Teatro de Arte, la actriz que hoy es mi mujer.

—Vamos á ver, Pepe—le pregunté llevado por la confianza fraternal—. ¿Es usted apasionado ó sincero cuando hace crítica de arte?

Repuso rápido:

—Sincero, sincerísimo, archirrequetesincero. Llevo trece años, José Marí, haciendo crítica

de arte y todavía ni yo ni mi inseparable *Silvio Lago* han tenido que arrepentirse de un sola línea. Y no crea usted que no es amarga esta sinceridad de decir uno lo que siente. Me ha costado muchos disgustos, muchas amistades y muy pocas satisfacciones. Los artistas—salvo excepciones contadísimas—son muy vanidosos. Podrán no agradecer un elogio efusivo y entusiasta; pero no perdonan jamás una censura, por muy cortés y banal que sea.

Hubo una pausa; yo proseguí:

—¿Qué vida hace usted?

—Una vida bien poco higiénica, amigo mío. Me levanto muy temprano; en invierno á las seis, en verano á las cinco y media y me pongo á trabajar hasta las once. Escribo diariamente treinta ó cuarenta cuartillas acerca de diversos asuntos. Y á las nueve y media ó las diez me acuesto. Esta necesidad imprescindible—para poder realizar toda la labor que me he impuesto ó me han impuesto las circunstancias—de acostarme pronto y levantarme temprano me ha alejado de un modo definitivo del teatro.

—¿Cuánto le lleva á usted producido la pluma?

—No estoy muy seguro de la cifra; pero, calculando doce años de un trabajo tan excesivo como el mío, habré llegado á ganar unos veinte ó veintidós mil duros. Pero, ¡eso sí!, no tengo ni un céntimo. No sé quién dijo que nos pasamos la vida ganándola y que jamás disfrutamos el placer de haberla ganado. Esto, en lo que se refiere á mí, es muy exacto.

—¿Cree usted que en la actualidad se lee más y se escribe mejor que antes, ó al contrario?

—¡Indiscutiblemente! Nunca, nunca se ha leído tanto ni se ha escrito mejor que ahora. En un período de transición, de evolución progresiva como es el que ahora atraviesa España, cada generación literaria supera á la anterior.

—Siento lo que dice usted por esos señores del 98 que se imaginan haber dicho ya la última palabra.

—¡Oh! Es mucho más interesante la generación literaria del 908 que la del 98. Entonces eran cuatro ó seis señores los que escribían bien; ahora son cincuenta ó sesenta. Compare usted, compare usted la cantidad de novelistas, de

poetas, de críticos y de cronistas de nuestra generación con la del 98.

—¿Usted qué prefiere hacer: crítica, cuento, novela ó teatro?

—Siento la voluptuosidad de escribir el cuento y la novela.

—¿Qué vicio le domina á usted?

Pepe rió.

—Una cosa un poco vergonzosa: comer y dormir.

—¿Y lo que más le importa á usted de la vida?

—La muerte; porque me da pena dejar todo lo que yo he creado.

—Será tal vez porque abriga usted algún temor respecto al *más allá*.

—Eso en absoluto: no temo encontrar nada desagradable.

—¿De qué enfermedad quisiera usted morir?...

—Lo he pensado muchas veces: de viejo y en la cama. Pero le advierto á usted que en todos los horóscopos y profecías que me han hecho, coinciden en que moriré aplastado por un coche... Y esto tiene su explicación, porque yo siempre voy leyendo por la calle. Ahora, que no me placiera esta muerte.

—Calló Francés. Yo pensaba la última pregunta. Y...

—¿Cuál es la aspiración suprema que acaricia usted para el porvenir?...

—Verá usted. Hace tiempo, Eduardo Marquina publicó en *España Nueva* una semblanza mía en verso. Hablaba de mis juveniles impacencias, de mis rebeldías moceriles, de aquella turbulencia un poco lejana ya con que entré en la vida literaria. La última estrofa era ésta:

Sabe: unos brazos, unos—los únicos—te aguardan; no les tengas codicia, no imagines que tardan; porque, cuando ellos ciñan tu garganta docel, cuando las rosas de hoy sean gotas de miel este mundo tan viejo para ti, viejo en él, será tan sólo un huerto donde crezca un laurel.

—Los brazos únicos ya han llegado y cultivo mi huerto esperando el día en que, á la sombra de ese laurel, pueda descansar.

—Esperar... esperar...—murmuré yo—Lo más bonito que hay bajo el cielo es esperar; porque siempre se espera acompañado de una ilusión.

EL CABALLERO AUDAZ



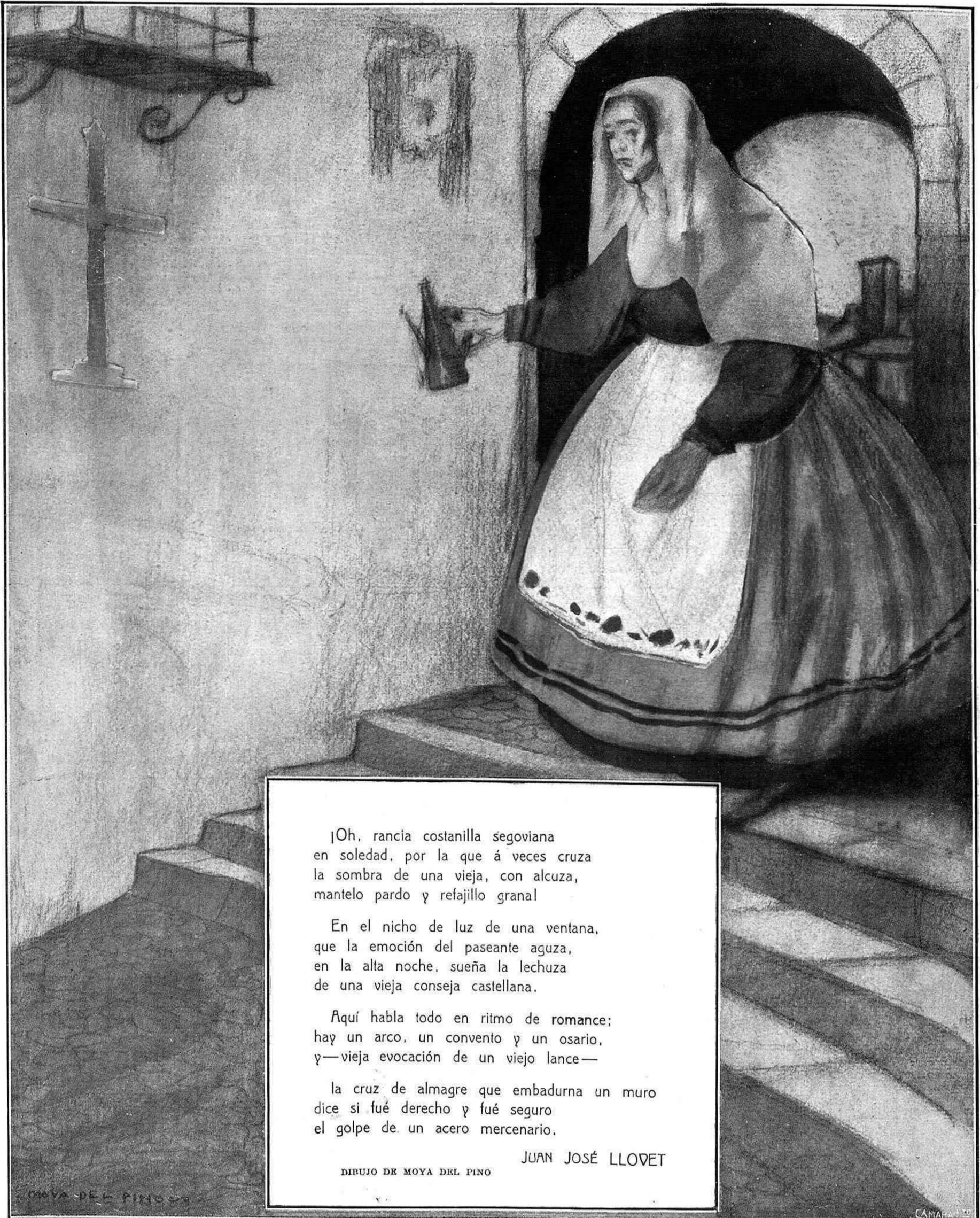
José Francés en su gabinete de trabajo acompañado de su esposa

FOTS. CABALLERO



CAMARA FTO

# LIENZO SEGOVIANO



¡Oh, rancia costanilla segoviana  
en soledad, por la que á veces cruza  
la sombra de una vieja, con alcuza,  
mantelo pardo y refajillo granal

En el nicho de luz de una ventana,  
que la emoción del paseante aguza,  
en la alta noche, sueña la lechuza  
de una vieja conseja castellana.

Aquí habla todo en ritmo de romance;  
hay un arco, un convento y un osario,  
y—vieja evocación de un viejo lance—

la cruz de almagre que embadurna un muro  
dice si fué derecho y fué seguro  
el golpe de un acero mercenario.

JUAN JOSÉ LLOVET

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

# Fragmentos de un epistolario sentimental



(Al devolverme María Luisa mis cartas, he encontrado en ellas reflejada mi alma. También para mi novia fueron espejo mis pliegucitos, sólo que no copiaban más que su constante auto-adoración narcisista...)

**M**ARAVILLA: al fin estoy enamorado; ¡ya sé qué es el amor! Suele el amor no significar más que la boda, y la boda el estancamiento, el final. A mí me pasa todo lo contrario contigo. En cuanto vivamos juntos—ya vivimos juntos de alma, ¿verdad?—es cuando comenzaré a *existir*. En lugar de despedirme de los ideales de mi juventud, habrá llegado la hora de comenzar a realizarlos. Desde aprender más idiomas hasta viajar por el mundo.

Las cosas que me cuentas de tu vida son adorables. Yo creo que ha resucitado la Carlota de Werther. Hasta en lo de vivir en medio del campo. Y lo del baile. Y los nueve hermanitos. Por eso, en tanto mis cartas te *amedrentan*, las tuyas no me infunden pavor. Escucha... luego que aparte uno de tus rizos para que no oculte tu oreja de rosas... Escucha: es horroroso el miedo que tengo a confundirme para siempre con la prosa de lo cotidiano, de lo vulgar... Y pienso que tú lo redimes todo, y eres como los rayos del sol, que vivifican cuanto acarician... En

nuestro hogar, cordera, habrá el tarro de manteca de Carlota, y no las pistolas, sino el violín de Werther. Y yo te amo. He dicho.

ooo

Esta temporada no tengo ganas de trabajar. Vivir, vivir, vivir, vivir. Y de pronto, unas ganas locas de llorar en tu regazo.

ooo

¡Mi bebé que ha estado enfermucha!... No me duele que hayas estado enfermita. Pensarías en tu *chacho* con más ternura. Cuando nos casemos, una vez tú harás que estás enfermita, para que yo te cuide. ¡Oh, María Luisa, si vieses cómo te siento apoyada contra mi pecho! Mía, mía, mía...

ooo

¡Esa ilusión tuya por asistir a un baile. Yo te llevaré, Colombina. Yo te llevaré. Y he de abandonarte entre las máscaras, con el horrible propósito de que te desencantes. Si yo me quedara al lado tuyo, ibas a quedar tú con ganas de que te hubiese hablado Arlequín... ó no saldrías desengañada de la fiesta... Meditemos un poco, señorita cabeza de pájaro... La mayoría de los hombres ocultan un espíritu bárbaro. En el baile se pone de manifiesto ese espíritu. ¿Comprendes? Tú vas creyendo que toda la noche no harás sino aplicarte al oído sucesivas caracolas

con su rumor, y, por el contrario, no cesan de sonar los trompetazos. ¡El champaña! Odio el champaña del *restaurant*... Nunca se me olvidará en cambio, una botella que bebí, tumbado, en la arena de una playa, solo, bajo las estrellas, al lado del mar...

ooo

Me cuesta mucho despedirme de ti, chorlito. No dejes de gorjear y brincar en mi corazón.

ooo

Si tú miras hacia donde está Madrid, ¿sabes lo que hizo ayer tarde tu osezno mimoso?... Al cabo de una silenciosa y férvida contemplación de tu retrato, a través del humo de mi cigarrillo, y como necesitase aproximarme a ti, verás lo que hice... Voy y agarro de la biblioteca el Baedeker y unos libros sobre Navarra... Ya comprenderás... Buscaba un grabado de tu casona... No debe de ser persona muy entendida en arte la que escribió la guía de Pamplona, pues habla de la Catedral, del Paseo de la Taconera y del Museo Sarasate, y se olvida de advertir a los viajeros que en un cierto caserón se guarda una maravilla...

ooo

¡Un metro cincuenta! Pero una mujer de un metro cincuenta ya es muy alta... Y, luego, que no se concibe una mujer sin tacones y sin el moñete. ¿Sabes lo que te digo? Que te sobra esta-

tura para asomarte por encima de mi hombro en cuanto yo me siente á estudiar... Pues basta... Tú eres una estatua clásica que se mirase con unos gemelos del revés...

ooo

¡Qué breves son tus cartas! ¡Y ese correo que no llega más que una vez al día!

ooo

Almita: me he entretenido anoche imaginándome una comedieta que representábamos tú y yo, y para nosotros solos.

Estuve á comer en el Ritz. Me senté en una mesita que alumbraba un candelabro eléctrico con pantallas como caperuzas de gnomo, y que adornaba un cacharro con alicates y lirios. Me gusta sentarme en una butaca de damasco, y que el mantel parezca de marfil, y que la vajilla sea fastuosa. Me gustan los vinos buenos, más que para beberlos, para olerlos y mirarlos al trasluz. Me gusta que los frutos desborden de sus cubos de plata, entre el hielo. Y que el *garçon* tenga la apariencia de un gran duque ruso...

Mi mesita se hallaba al pie de un ventanal que da al jardín. Los evónibus, iluminados por chinas farolas... De cuando en cuando sonaba la bocina de un automóvil... Había en el salón, todo blanco y en una sonrosada penumbra, un silencio inglés... Muchas mesitas como la mía, y en torno gente de *smoking* y señoras, casi todas extranjeras... En el *hall*, los inevitables *tziganes* arrancaban á los violines esas músicas encantadoras de París, esas *gigas* británicas: un sentimentalismo fácil...

Y yo soñaba en María Luisa. Tú estabas conmigo. Formábamos una parejita risueña, juvenil, casi de adolescencia... Después yo me entretuve fantaseando que iba eligiendo tus vestidos, tus zapatos, tus joyas. Sí, uno de los en-

cantos de esta primavera consiste en pensar en cómo te vistes tú, muñeco de mi alma... Cabalmente las modas de ahora son las que mejor sientan á tu belleza... y á nuestra *actualidad*... Aún nuestro amor es un juguete. Pues aquí de los sombrerillos como bomboneras, de las faldas cortas, de los chapines caprichosos... ¡Y tú eres otro juguete, *amoré!*

ooo

No hubo hoy carta de María Luisa. Paciencia y releer las que guardo con tanta solicitud... Desvanecido el involuntario, instintivo enfurruñamiento, casi te agradezco que me des motivo para tributarte en el fondo de mi alma el sacrificio de un placer, la lectura ilusionada...

ooo

Estoy triste y todo lo veo negro... Y lo que es peor, no lo veo negro porque lo vea á través de tu cabellera...

ooo

Cabecita de pájaro: cuando estás *juiciosa* me parece que te miras en una cisterna, y cuando dices cosas locuelas, es como si una desprendida piedra chiquitina moviese el agua y te hiciese reír el contemplarte desfigurada abajo...

ooo

Amor mío: estarás asombrada de mi silencio... A veces no sale el sol en unos cuantos días... Este es mi mal, pequeña, madrecita de mi alma...

¿Qué me pasa? Descuidé tu jardincillo, mis lecturas, mis negocios. Y es que descuidaba mi vida..., mi vida que yo quiero que la tomes tú, para que no se caiga definitivamente... No sé; pero es que me sostengo como por una embriaguez... Y de pronto, rueda con estrépito el tinglado. Y entonces me parece que estoy condenado á marchar leguas y leguas por la arena...

¡Oh, amor mío, amor mío! ¡Tu regazo, tus manecitas, tu voz!

Necesito marcharme al campo, al campo en su máxima soledad. Acaso vaya á una finca de unos parientes, á orillas del Mediterráneo, entre cipreses y rosales... A lo lejos hay un pueblo, y llega siempre el sonido de las campanas, amorfiguado, musicalizado... Necesito, más que sol, las estrellas...

ooo

Recurrí anoche á no acostarme, para no despertar temprano y con la dolorosa ilusión de la carta tuya. Cada vez que esta mañana entraba la asistente, se suspendía mi respiración. Primero no era más que el desayuno. Luego iba á prepararme el baño. Finalmente era que traían de la plancha unas camisolas... Cuando ya estaba desesperado y había decidido no levantarme en todo el día, he aquí otra visita de la *concierge* y ¡tus dos sobrecicos!... ¡He besado el papel infinitas veces!

No he querido abrir más que uno de los sobres... Por si no tengo mañana carta tuya...

ooo

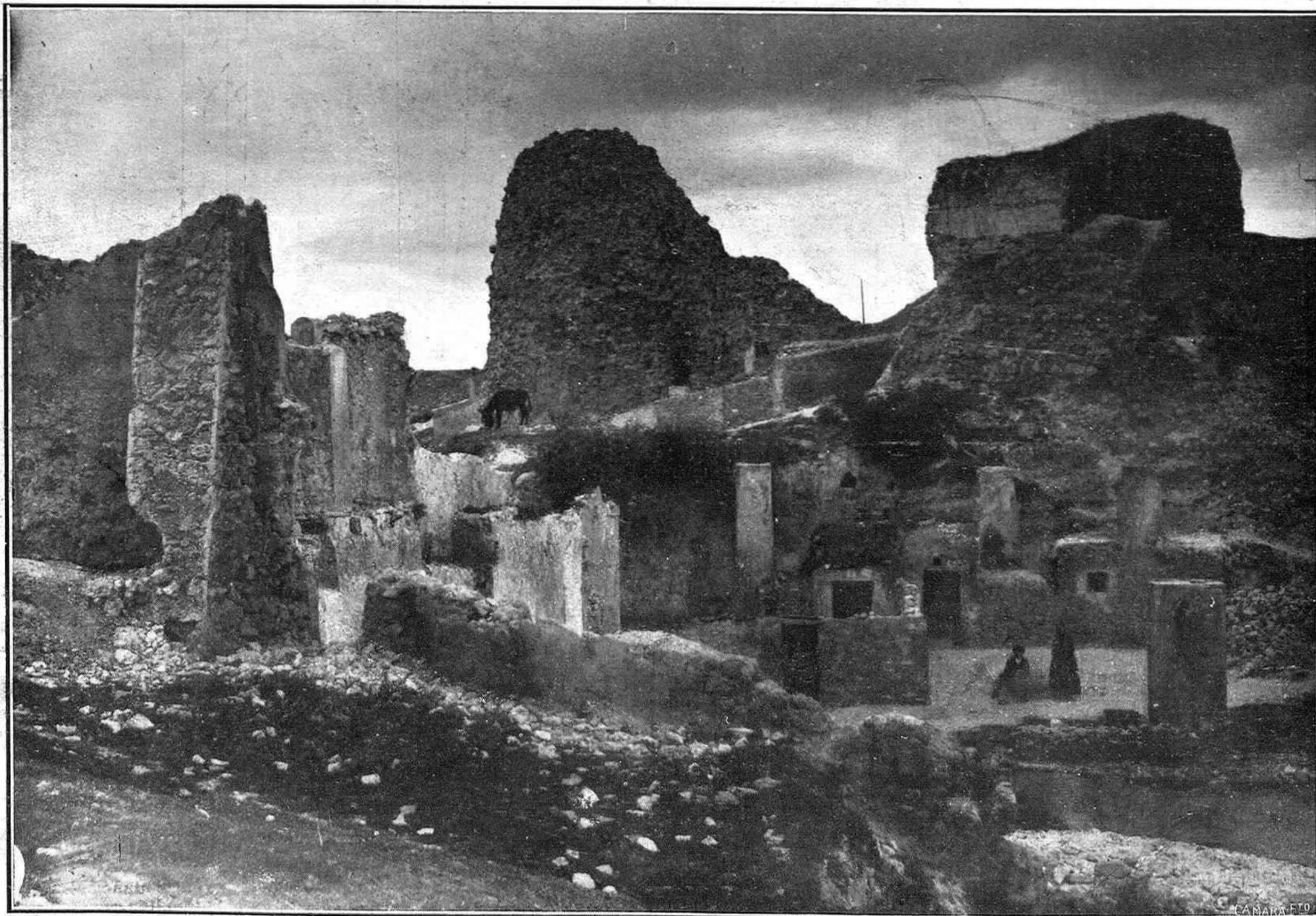
¡Es una ansiedad de mi María Luisa! Inagotable, inagotable... Y una inquietud por... ¡si te murieras!... Porque nada más que la muerte podría quitarme ese tesoro que eres tú... No temo rivales, á ninguno... Sin embargo, chacha, tengo miedo, y recelo que tú no acabas de querer á tu mocico... ¡No sé si podría soportar que me aceptases por limosna de amor!... Mira, mujercita mía, esto es pueril; pero dime una vez siquiera *que me quieres*... ¡Te prometo creérmelo!

Por la copia,

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE RAMÍREZ

## ESPAÑA PINTORESCA



Restos de una muralla árabe en Huete, provincia de Cuenca

FOT. SOL

# LA MODA FEMENINA

**H**E aquí, lectoras queridas, tres figurines ofreciendo creaciones de un exotismo extraordinario.

No hay que decir de dónde proceden. Su composición extrabóptica garantiza el país de origen. Son de Nueva York. Lo habíais supuesto ¿verdad?

La rareza y la extravagancia han definido para Norte-América una pintoresca personalidad. Desde sus millonarios fabulosos, guardadores de tesoros inmensos que no los soñarían nunca las más exaltadas fantasías, hasta los casamientos en bicicleta, que es de lo más ridículo que puede imaginarse, habrán pasado ante vuestra memoria una sucesión de hechos caracterizados con el distintivo nacional del absurdo.

Y, sin embargo, hoy, por influencia de la aterradora catástrofe que conmueve al universo, la inmensa nación norteamericana ejerce y pretende conseguir para lo futuro la hegemonía de la moda.

Debemos prepararnos á ver cosas admirables y al mismo tiempo á resistir al indudable influjo de tan peligrosas iniciativas.

París y Londres no están en situación espiritual para dedicar con entusiasmo la atención á este importantísimo problema de la moda. El arte requiere una paz interior tan absoluta, una tranquilidad de pensamiento tan grande, que basta la más leve



ni aquella forma, ni aquella ni la otra idea.

La distinción, la desenvoltura, el atractivo, nacen de la persona. Un mismo modelo, á través de dos espíritus diferentes, parece transformado hasta el extremo de ofrecer distintos aspectos y contrarias siluetas.

Lo más absurdo, lo más inadmisiblemente, aquello que parece más francamente rechazable, consigue sobre un lindo cuerpo de mujer, admiraciones y bellezas que no se sospechaban. Recordad si no cómo algunas noches, al volver del teatro, pensáis en la *toilette* extraña de la actriz, que precisamente por lo extraña y lo caprichosa llegó á interesaros profundamente.

Recordad también el murmullo admirativo que produce la aparición en escena de una artista esbelta y de aristocrático desenfado, engalanada con atavíos de tal originalidad que llegarían á producir nuestra censura, tal vez nuestro enojo, vistos en un periódico de modas ó en la rigidez inexpresiva del maniquí.

En aquel murmullo se mezclan todos los comentarios que vienen á resumirse en un homenaje rendido al arte de la mujer y á las gentiles audacias de su espíritu.

Y es que hay que pedirle á Dios fervorosamente que nos conceda el soplo divino de la distinción, la belleza y la simpatía. ¿No diréis todas conmigo Amén?

ROSALINDA



inquietud para producir el fracaso de una obra bella. ¡Y son tantos los motivos de sobresalto, tantos los acechos que surfen las almas, tan copiosos los raudales de lágrimas que surcan las mejillas pálidas en este ciclo sangriento del espanto y la desolación, que no es posible lograr quietud para los nervios ni bienestar para los espíritus!

No ha de suponerse, á pesar de todo, que desistan París ni Londres de trabajar en este sentido. Pero, al menos durante la guerra, no podrán, naturalmente, dedicarle el interés que la moda exige con absolutismos de tirana caprichosa.

Nace para nosotras una disyuntiva cruel: ó aceptar lo que venga de fuera ó rechazarlo y continuar la evolución lenta que París nos marque. El término medio no cabe en este caso. Si nosotras, más atentas á nuestro interés, hubiéramos conservado la supremacía que nos legaron otros tiempos, el gusto español que vuelve ahora mistificado y quebrantado en su pureza, hubiera dado al mundo la norma de un arte de vestir severo y gracioso á la vez; aristocrático, distinguido, señorial.

Pero en España se trabaja muy poco por la moda y la culpa debe recaer en nosotras, que no ayudamos á que este trabajo prospere. Únicamente Barcelona hace algo en proporciones estimables, de cuya importancia hablaré cualquier día en una de mis crónicas. Aparte de la bella ciudad catalana, no tiene gran relieve lo que en las demás capitales se confecciona. Hemos preferido acoger regocijadamente lo que París nos mandaba que á su poderosa sugestión unía, algo muy conforme con nuestro temperamento; porque siempre las modas parisienses han reunido en sus modelos la ligereza y la travesura en la línea, la frivolidad ingenua de la juventud y cierto incentivo subyugador, cierto ligero asomo de libertad envuelto en el atractivo misterioso del pecado, que venía hasta nosotras en los comentarios de las soirées espléndidas y en la pregonada referencia de una vida dislocada de amor y de alegrías.

Esa es la razón del actual peligro americano, que después de todo no puede considerarse así si su empleo se rige por las leyes de una depurada estética. Habrá, ¡quién lo duda!, damas y damitas que acepten con verdadera fricción el reinado de lo arbitrario en el espíritu y en la forma del vestido; porque en estos asuntos, después de todo, el elemento esencial no es ésta



BIBLIOTECA  
\*  
DE  
ATENEA



## Q Q SIN ALMA Q Q

Yo te amaba, mujer, porque creía  
que á tu belleza corporal, se unía  
la belleza de un alma blanca y pura,  
pues era la hermosa  
de tu cuerpo de pétalos de rosa,  
envidia de la más germinal diosa;  
era limpio fanal, clara redoma,  
donde con toda honestidad se encierra,  
como un hada en espléndido palacio,  
lo que á los ojos con pudor asoma,  
lo que no mancha el barro de la tierra,  
porque sube en espíritu á otro espacio,  
cuando el cuerpo en la tumba se desploma.  
¡Qué torpe ceguedad!... ¡Amor es ciego!  
Cuando amante y febril apagué el fuego  
que abrasaba mi ser, con ansia loca,  
mirándome en tus ojos,  
besando hasta sangrar tus labios rojos  
y aspirando el aliento de tu boca,  
ante el bello incentivo  
que me haría perder razón y calma,  
muerto de amor, pero en deseos vivo,  
de hinojos ante ti, te doné el alma.

besé tus manos, ¡y quedé cautivo!  
No hay rosas sin espinas  
y menos la que está de aromas llena;  
¡ay, de aquel que se obstina  
en robar el panal de la colmena  
que defiende la abeja laboriosa  
igual que las espinas á la rosa!  
Al mirarme en tus ojos soñadorés  
y al fundirse tu aliento con el mío,  
no vi en ellos los vírgenes rubores  
del alma que se asoma  
como flor escarchada de rocío,  
tan llena de color como de aroma.  
Esos ojos, que ayer fueron mi encanto,  
de ternura y amor estaban secos,  
dentro de ellos me vi mudo de espanto,  
parecióme tu cuerpo un campo-santo  
y tus ojos sin luz sepulcros huecos.  
Ver tu alma creía  
que al calor de mis besos emergía  
para asomarse á tus pupilas bellas,  
pero al no hallarla en ellas  
y en lugar de la tuya ver la mía

recibiendo mis besos,  
palpé tus carnes, oprimí tus huesos,  
levanté en brazos la preciada carga,  
y al mirar con mirada escrutadora,  
no vi en la tuya claridad de aurora.  
Tus ojos, como soles sin destellos,  
me miraban también de extraño modo,  
y al querer otra vez fijarme en ellos,  
vi que tu carne se trocaba en lodo  
y aquel lecho de amor en sepultura;  
y arrebatado por mortal locura,  
transido de dolor, loco de pena,  
contemplé largo rato entre la sombra  
tu cuerpo, revolcándose en la alfombra  
como herido chacal sobre la arena  
que le enardece y su ansiedad no calma,  
y, aplacando el deseo de lujuria,  
eché á correr, como escapada furia  
del cuerpo de Satán... ¡buscando un alma!

GONZALO CANTÓ

DIBUJO DE MANCHÓN

# MONUMENTOS EXTRANJEROS



VISTA DE CONJUNTO DE LA HERMOSA CATEDRAL DE BERNA (SUIZA)

Este edificio, uno de los más notables de la capital de Suiza, pertenece á la última época del estilo gótico, y su construcción tuvo lugar entre los años de 1421 y 1598. Son muy notables las esculturas que ornamentan sus amplios y afiligranados pórticos, de soberbio trazado, y algunas hermosas pinturas murales de gran valor. El campanario de esta Catedral, llamado de *flecha*, mide 100 metros de altura.



# FERROCARRIL ELÉCTRICO DE BARCELONA A SARRIÁ

La Compañía de los Ferrocarriles de Cataluña ha inaugurado el 28 de Noviembre, con gran éxito, la primera Sección del ferrocarril eléctrico de Barcelona á Sabadell y Tarrasa, que corresponde al trayecto de la Ciudad Condal á Las Planas, paraje lindísimo y que, además de su belleza incomparable, será muy pronto el pulmón de esta población industrial y trabajadora, por el mar de pinos que saturan aquel ambiente de salubridad y placer.

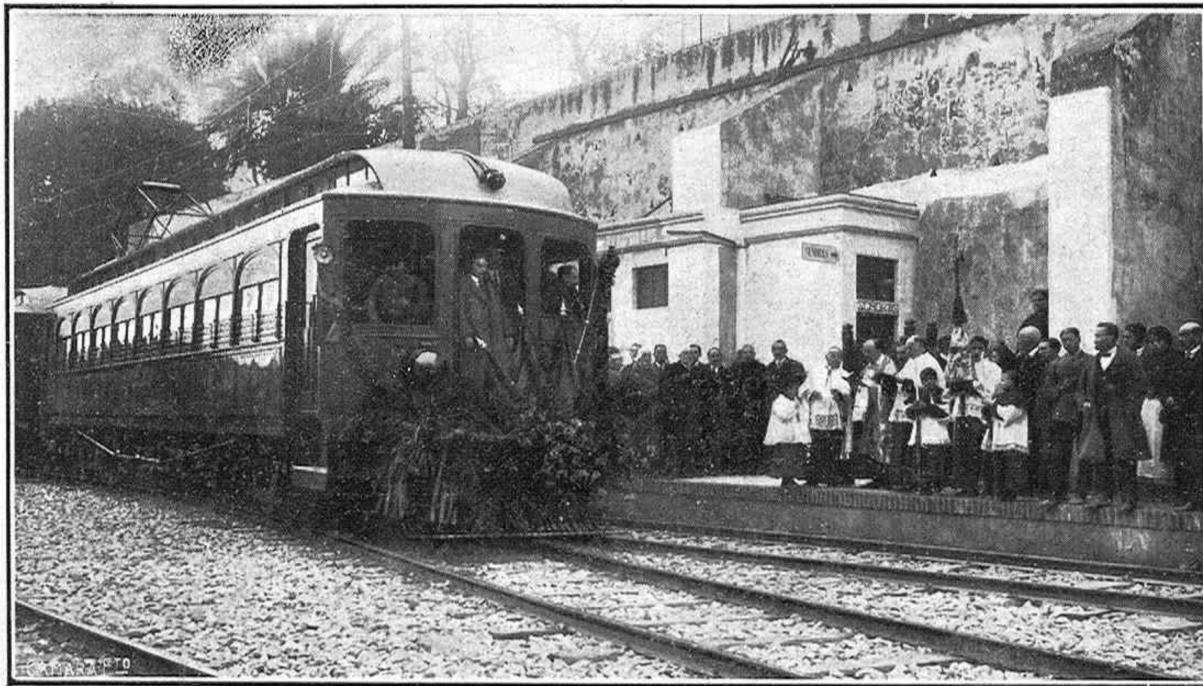
Con serésto de suyo suficiente para que nos paremos á pensar en la obra realizada, no es lo principal. Lo que nos proponemos en estas líneas es presentar al público español una muestra del trabajo á lo yanqui, háganlo americanos ó europeos.

Seguendo el procedimiento español en lo que á economía se refiere, seguramente que el ferrocarril citado hubiera costado menos pesetas; pero con ello, tanto la empresa como el público, hubieran perdido en lo principal de la vida, en tiempo. Para el público este factor tiempo es de suma importancia, puesto que varios años antes cuenta con un ferrocarril muy necesario á esta región, y para la Compañía porque de este modo el capital invertido empieza á reeditar inmediatamente.

En poco más tiempo del que en este país se precisa para levantar una casa, dos años escasos, la Compañía de los Ferrocarriles de Cataluña ha hecho el replanteo de la vía, reformado los carriles, colocado dobles traviesas, traído la fuerza eléctrica necesaria y construído el túnel número 4, de 1.665 metros, con pendiente de 2,97 por 100, enteramente recto, y que constituye una de las mejores obras de ingeniería que hay en España.

Dejamos aparte la enumeración de infinitos detalles que pudimos apreciar durante nuestras visitas particular y oficial referentes á organización, material, personal y de todos otros órdenes, para fijarnos en los hombres que han llevado á cabo estas obras de progreso que al honrarles enaltecen el nombre de las personas que han sabido confiarles las sumas necesarias. ¡Cuánto tienen que aprender los capitalistas españoles de esta moderna visión de los negocios! Pero, en justicia, hay que defender á nuestros plutócratas, pues por ventura sería dable encontrar en España un conjunto como el de los señores siguientes:

**TÉCNICO.**—D. José Playá, Ingeniero y Apoderado general; D. Roberto Grinnell, Ingeniero y Superintendente; D. José Michaud, Jefe de talleres; D. Francisco Bernadí, Jefe de movimiento.



Bendición del primer tren de la línea de Barcelona á Sarriá

**ADMINISTRATIVO.**—D. W. J. Everitt, Agente de compras; D. A. M. Coulson, Tesorero; D. John W. Towle, Ingeniero asesor; Don Douglas C. Dering, Secretario; D. Luis Comulada, Abogado.

Y todos estos, ¿podrían cumplir sus cometidos sin el dinamismo y confianza que les presta su Director gerente, ese hombre lleno de vida, juventud, conocimiento y entusiasmo, Mr. Harro Harrsen?

Como verá el lector, algún español figura entre el elemento técnico directivo. También en el Consejo de Administración hay varios.

Del aprendizaje que unos y otros saquen de este modo de trabajar, *muy siglo XX*, vendrá la reconstitución de España, más que

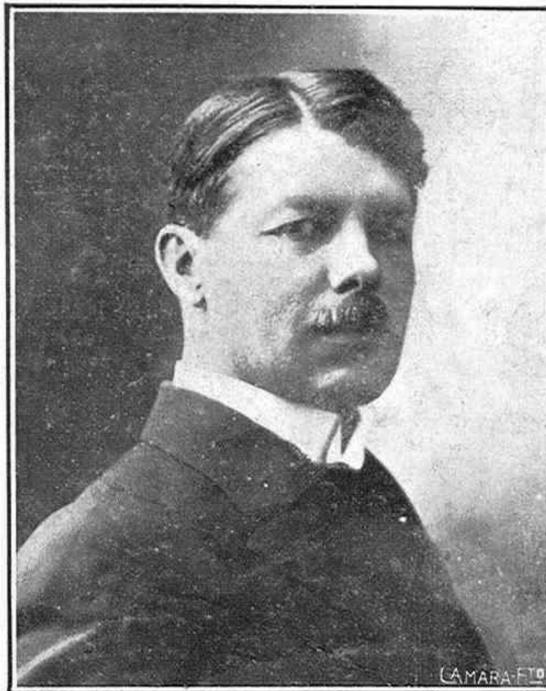
de fórmulas gacetales y de presupuestos extraordinarios. Ofrecemos la ocasión á la buena voluntad de nuestro querido amigo D. Rafael Gasset, que se desvive por cuanto representa engrandecimiento de nuestra patria, á la que habría que añadir la voluntad en pleno del Gobierno

para nuevos proyectos que muchas veces sólo sirven para desacreditar á los que con mejor buena fe los defienden, sino para que en esta tan ansiada reconstitución española se incluya como futuros elementos de riqueza de la nación los nuevos conceptos de la economía social que hoy, mejor que nunca, pueden adquirirse en Norteamérica por la intensidad de su trabajo, mandando á todos nuestros científicos á terminar sus carreras á esas poblaciones norteamericanas, que hoy son las únicas fuentes en donde pueden aplacar su sed de ciencia moderna y juntamente con ellos á unos cuantos profesores mercantiles para que salgan de la rutina de los libros de texto y á unos cuantos periodistas para que, entre todos, ilustren á nuestro país por conferencias, folletos, artículos y hasta en las cátedras sobre las ventajas de la nueva concepción de la economía norteamericana.

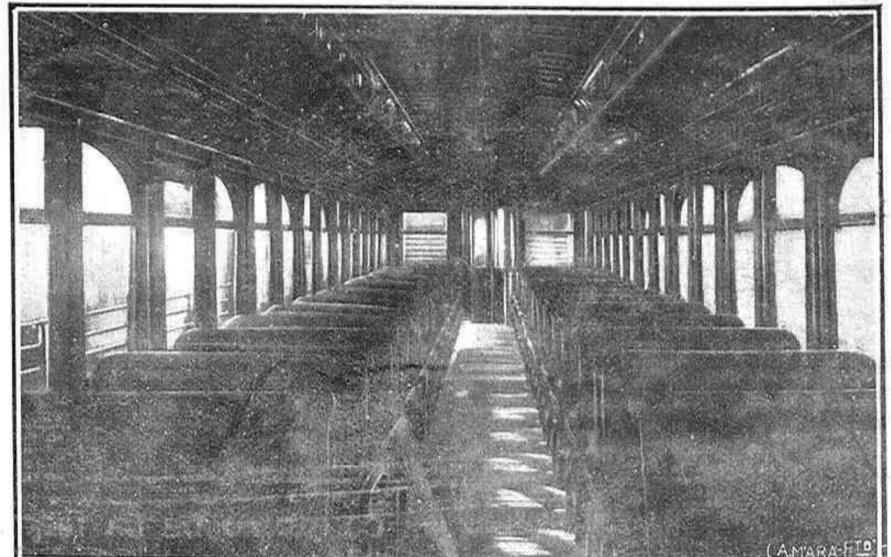
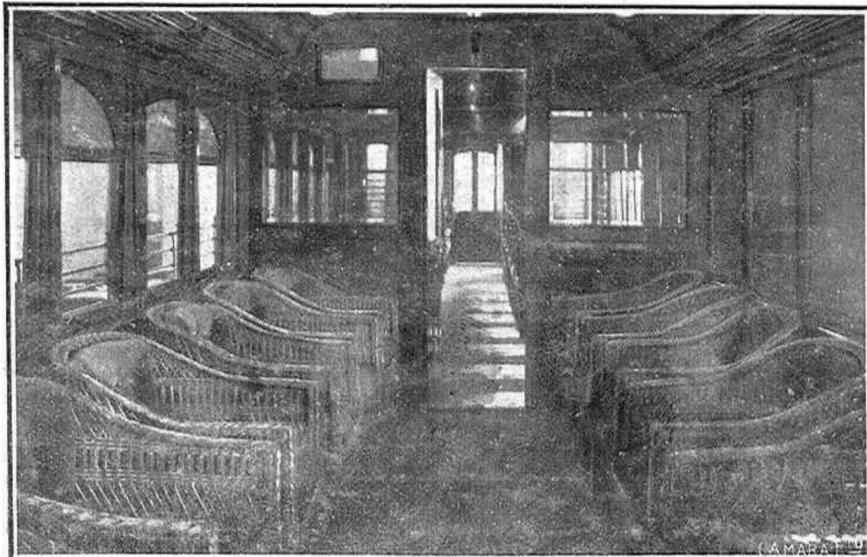
El León de Graus afirmaba que el problema de España era despensa y escuela. Puede suprimirse la primera, que la escuela dará su fruto por sí sola; pero no escuela raquítica con moldes fijos, sino una escuela amplia que tenga al mundo por aula.

Al terminar estas líneas queremos dedicar un piadoso recuerdo al infortunado Doctor Pearson, alma de esta empresa, cuya herencia espiritual ha sabido recoger y acrecentar nuestro buen amigo Harro Harrsen, su actual Director Gerente.

MIGUEL-ANGEL



MR. HARRO HARRSEN  
Director de la Compañía de los Ferrocarriles de Cataluña



Un coche de primera y un coche de tercera de la nueva línea ferroviaria

FOTS. BALLELL



"La paz del campo", cuadro de Adelardo Covarsi

## ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS ADELARDO COVARSI

He aquí el otro elegido con Eugenio Hermoso para continuar gloriosamente la tradición pictórica de Extremadura. Adelardo Covarsi y Eugenio Hermoso significan realmente hoy los intérpretes de tipos, costumbres y paisajes extremeños con una fidelidad y una exactitud de visión cautivadora y fuerte.

Pero inconfundibles y distintas las tendencias de ambos jóvenes maestros. Hermoso significa la gracia, la ingenuidad, el infantil sentimentalismo, los placeres bucólicos y sencillos. En sus cuadros sonríen los niños y florecen con rubores las mozas. Suenan el ritmo adormecedor de los regatos en las vernaes y dulces tardes; nos acaricia el espíritu con virgilianas estrofas.

En cambio, Adelardo Covarsi representa la fuerza, la bravura, la viril acometividad, la desconfiada astucia y el áspero deleite de las peligrosas empresas. No recordaréis ningún lienzo suyo al que se aseme un rostro femenino. La mujer no parece existir para el artista. Tiene el alma ascética de un fraile de Zurbarán ó el misoginismo instintivo de uno de esos bravos corsarios que cruzan los fronterizos límites en las sombras de la noche...

Y si alguna vez, como en *Atalayando*, en *El zagal de las monjas* ó en *La paz del campo*, emplea para la expresión de un sentimiento ó por el hallazgo de una armonía cromática figuras infantiles y lejanías serenas, tampoco finge precoces idilios entre chiquillas risoteras y muchachos morenos á la manera de Hermoso, sino continúa prescindiendo

de los femeninos modelos y da á los niños una expresión grave, firme, donde se presente la austeridad futura. El mismo paisaje no parece aquel en que florecieran los versos emocionados, iluminados de internos resplandores que escribiera Gabriel y Galán.

Hallamos una vez más la decisiva influencia del ambiente. Mientras Eugenio Hermoso, hijo de labradores, vió transcurrir su infancia entre las agrícolas faenas y fueron compañeras de sus juegos estas niñas de los gayos refajos, los ojos ingenuos y las bocas de fresco sonreír, el autor de *El guarda del coto* es hijo de D. Antonio Covarsi, autor de varios libros cinegéticos y poseedor de una espléndida colección de cuadros antiguos. Alternó sus días infantiles entre la contemplación de estos lienzos y en las excursiones por extrañas tierras, con una escopeta en la mano.

¿Es acaso extraño que todo su arte esté impregnado de vigorosa y castiza tradición española y que prefiera los tipos rudos, casi ferozmente varoniles de escopeteros, corsarios, contrabandistas y cazadores furtivos? Pero iluminado todo ello por una orientación decorativa, por un cromatismo más rico y brillante que el aprendido en españolas escuelas de otro tiempo. Ved, por ejemplo, esos blancos de los monjes de Zurbarán, en los hábitos de los cartujos de *El Padre prior* y en las airosas capas de los tipos portugueses. No armonizan con los grises ú ocres de otro tiempo y de otras paletas, sino que dan la alegre nota en la gaya-sinfonía

donde también cantan rojos y verdes y azules y cadmios que el artista viera en sus andanzas de trota museos italianos.

Porque tampoco podría hacérsele á Adelardo Covarsi el reproche que á bastantes pintores españoles de la permanencia obstinada en su patria y de las primeras preferencias estéticas ó las más frecuentes de viajar por el mundo con la inconsciencia de una maleta y limitar sus estudios pictóricos á elegir modelos en la Plaza de España y pintar la campiña romana á través de fortunynianas acuarelas.

No. Adelardo Covarsi ha recorrido Francia, Inglaterra, Suiza, Italia, Bélgica, Austria y Holanda de un modo harto distinto del que consienten en España las «bolsas de viaje», las pensiones de ampliación de estudios ó la inevitable imposición de la estancia en Roma que concede el Estado como hace sesenta ó cincuenta años.

Estos viajes han sido fructíferos en estudios y no pródigos en lienzos. Más claro aún. Casi todos los pintores españoles contemporáneos que han visitado países extranjeros han pintado cuadros que pretendían ser representativos y característicos de estos países. Pasado algún tiempo y comparados estos lienzos exóticos con los del mismo autor pintados en España y obedeciendo á sus verdaderas tendencias é inspiración, les hallamos el artificio y la falta de solidez que necesariamente habían de tener. No pueden dar una sensación exacta como los artistas indígenas ó como los ya definitivamente esta-

\*  
MADRID  
BIBLIOTECA  
\*  
TENA

CÁMARA-FID

blecidos, ó identificados por una larga convivencia de muchos años en la tierra de adopción. Siempre, á través de su visión y de su técnica, pasa el recuerdo de la luz que acostumbra su retina y los preceptos estéticos que educaron su temperamento.

Adelardo Covarsi dejó en paz sus pinceles y abrió en cambio el espíritu ávido de emociones. Por eso los retornos á la patria le fueron beneficiosos. Ganaron en luminosidad sus cuadros, los cuadros propios, característicos, verdaderamente suyos y reflejo de la vida que junto á él vió y volvía á ver. Y como una demostración de que tampoco había viajado á la manera de otros pintores ayunos de toda facultad intelectual, Adelardo Covarsi publicó un libro titulado *Italia*, donde la cultura artística y los certeros juicios críticos van de bracero con el muy literario estilo y la observación aguda. A éstos libros seguirán otros dos, consagrados, respectivamente, á Bélgica y Holanda, que serán igualmente interesantes y curiosos, toda vez que buscando la filiación estética de Adelardo Covarsi la hallaremos mejor entre los pintores flamencos y holandeses que en los italianos.



El ilustre pintor Adelardo Covarsi, en su estudio de Badajoz

Adelardo Covarsi Justas nació en Badajoz el 24 de Marzo de 1855.

Muy niño aún, empezó sus estudios artísticos en la Escuela Municipal de Artes y Oficios de Badajoz, y á los diez y ocho años se trasladó á Madrid para ingresar en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado.

En San Fernando fueron sus maestros Moreno Carbonero, Garnelo, Muñoz Degraín y Alejo Vera. Examinando la obra de Covarsi se observa, no obstante, que á sí mismo, á la observación constante del natural y á la depuración espiritual de los viajes, debe su verdadera personalidad. El ejemplo es harto repetido en los pintores contemporáneos que casualmente pasaron por la Escuela de San Fernando, para no ser significativo y elocuente.

Por primera vez concurre el año 1906 á las exposiciones nacionales. Presentó tres cuadros: *Atalayando*, *Entre granados* y *Cabeza de estudio*. Fue premiado el primero con mención honorífica y es como el prólogo de toda su obra futura. Dos niñas contemplan la llamada extremeña bajo los magos cadmios en que el sol se desangra... Así los ojos, el alma del joven pintor, apenas



"Cazadores furtivos en la raya portuguesa", cuadro de Adelardo Covarsi



"El guarda del coto"



"El zagal de las monjas"



"Un Hidalgo de Alentejo"

salido de la adolescencia, contemplaba su tierra y adivinaba en ella los temas próximos á inquietarle y á emocionarle.

Un año después, en 1907, logra por oposición la cátedra de dibujo artístico en la Escuela Municipal de Badajoz, cuyo cargo sigue desempeñando.

En la Nacional da 1908 obtiene una segunda medalla por el cuadro *Corsarios portugueses*, que inicia ya esta serie de agrupaciones varoniles y pintorescas tan gratas al ilustre artista.

Sorprendieron estos hombres de rostros curtidos y mal afeitados, de pupilas zahorres y sagaces, de amplios capotes y con sombreros ó gorras de arcaica forma; estos cazadores que á contra luz de crepusculares cielos avanzan empuñando las escopetas prontas á disparar sobre las bestias ó sobre los hombres. Empieza en *Corsarios portugueses* lo que ya culminó de rotundo modo en *Los cazadores furtivos* de 1915: los cantos viriles, enérgicos, de un poema ibérico imaginado por un poeta frente á tipos bien representativos de la raza.



"El padre prior"

El mismo año de 1908 obtiene segunda medalla en la Exposición Hispano-francesa de Zaragoza y es condecorado con la Cruz del Cristo de Portugal.

En 1910 es recompensado con medalla de bronce en la Internacional de Buenos Aires, y dos años después, en la Nacional de 1912, su cuadro *La barbería de los contrabandistas* consigue otra tercera medalla.

En la última Exposición Nacional de 1915 presentaba dos cuadros: *Cazadores furtivos en la raya de Portugal* y *El guarda del coto*. Señalan, como digo antes, ambos lienzos la madurez del artista y el afianzamiento sólido de su tendencia. La crítica y los profesionales señalaron desde luego á Covarsi como merecedor de una segunda medalla. El Jurado, naturalmente, no se la concedió.

Bien poco debe importarle al joven maestro triunfador tantas veces en Exposiciones de Munich, Berlín, París, Londres y Norte América y del cual se conservan cuadros en importantes pinacotecas austriacas y alemanas.

SILVIO LAGO



"El maestro armero de Villaboim"



"Corsarios portugueses"

(Cuadros de Adelardo Covarsi)



DE NORTE A SUR

La comida eléctrica

No se refiere ciertamente este título á un servicio mecánico de los alimentos que ya en Berlín, en Londres y en Nueva York no es ninguna novedad y que aquí no ha pasado de ciertos defectuosos artilugios en los que se echa un real para ver salir un bocadillo y nos encontramos con un pastel de crema rancia, ó se desea beber una copa de cognac y nos tenemos que contentar con el cazalla vulgar.

No. Es la verdadera comida eléctrica. La alimentación por medio de la electricidad. El gastrónomo se transforma en paciente. No necesita mascar ni deglutir, ni manejar cucharas, tenedores y cuchillos. Le basta tenderse en una cama de operaciones y sustituir el *maitre-hotel* por el doctor. Y en vez de pagar la cuenta del *pedido* satisfacer la factura de la fábrica de electricidad más próxima.

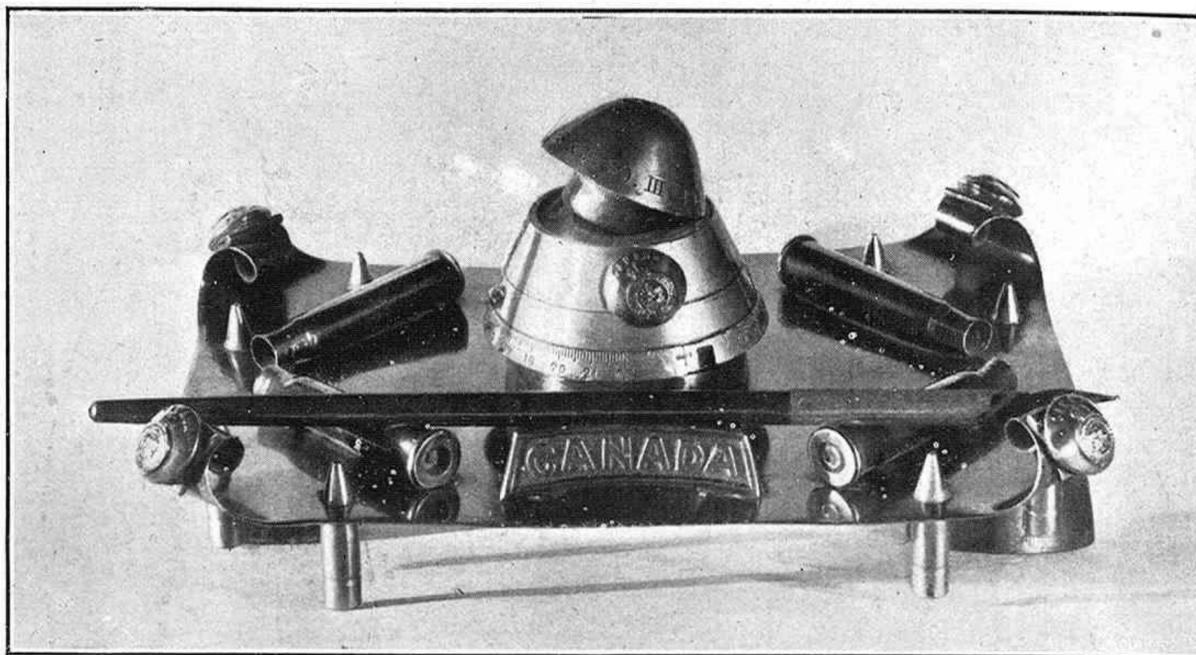
No puede ser más oportuno el invento, ahora que las subsistencias han llegado á preocupar al primero de los despreocupados en España, que es el Gobierno, sea del partido que fuese. Más barato que sostener el gasto diario de carnicero, pescadero, verdulero, tendero y demás enemigos naturales del hombre, será abonarse á un sanatorio como á un *restaurant*. Sustituir los bistés y la merluza con salsa mayonesa y las mermeladas por electrodos metálicos.

Incluso podremos decirle á la enfermera, que sustituye en el nuevo régimen alimenticio al camarero:

—¿Quiere usted decir que me traigan unos voltios más? Quisiera repetir. Hoy estaban muy ricos.

Pero, ¡ay!, que la labor del hombre nunca es perfecta. Si la comida eléctrica sirve hasta ahora para completar la actividad funcional de un organismo humano debilitado, no es suficiente para reemplazar la compleja composición química de los diversos alimentos que la sangre trasmite á la vías celulares por medio del tubo digestivo.

Algo es algo, sin embargo, y por de pronto, ya los seres humanos atacados de miseria fisioló-



Escribanía compuesta de balas de fusil y un casco de espoleta de un proyectil alemán, construida por un soldado canadiense

gica que no consintiera la alimentación interna, pueden recobrar sus energías por este nuevo procedimiento diatérmico inventado por el doctor Bergonié, de la Facultad de Ciencias de Burdeos.

Según Lefevre, el hombre normal necesita como mínimo de alimentación cotidiana 1.500 calorías. Para completar esta cantidad en los organismos depauperados, el profesor Bergonié somete á los enfermos á un método diatérmico de corrientes eléctricas por medio del aparato Nagelschmidt.

Con una diferencia potencial entre 1.500 y 2.500 voltios, el paciente recibe en una hora 3.000 calorías próximamente, es decir, casi el doble del mínimo de alimentación en el período normal.

La electricidad penetra en los brazos y los muslos del paciente por electrodos metálicos de

plomo, estaño ó aluminio en hojas muy finas... El doctor Bergonié ofrece el ejemplo de un individuo muy debilitado por una enteritis crónica que no podía hacer el menor esfuerzo físico é intelectual. Pesaba 49 kilos, y sometido á las corrientes eléctricas, á razón de dos sesiones diarias durante treinta y cinco días, se curó por completo y adquirió al fin del tratamiento el peso normal de 63 kilos, 200 gramos.

He aquí, pues, una nueva promesa que la ciencia ofrece á nuestra vitalidad. Por de pronto queda recluído el procedimiento en los sanatorios. Pero llegará un día en que salga de ellos é invada los comedores particulares, las grandes salas de hoteles y restaurantes.

Y los comensales volverán á acostarse, como en los romanos triclinios, y en vez de adormecerse con el encanto de las aulétridas y de las danzarinas desnudas, contemplarán cómo un señor de doctorales gafas va siguiendo en el amperímetro las corrientes de alta frecuencia...

Un recuerdo poco grato

Desde hace poco tiempo empiezan á asomarse á los escaparates de las tiendas objetos conmemorativos de episodios bélicos. Son cajas de bombones de aluminio que imitan proyectiles; relojes de sobremesa, barómetros y escribanías construídos con cascos teutónicos ó franceses, obuses, balines y granadas; alfileres de corbata que reproducen un zepelin ó un submarino.

Siempre estos objetos de bisutería, como aquellas bomboneras, nos parecieron de un gusto propio de tenderos, cobradores de tranvía ó concejales de Madrid.

Podría disculparse, no obstante, á ese soldado canadiense que, aprovechando cartuchos vacíos y un obús alemán que cayó á sus pies sin estallar, se ha construído una escribanía.

Al fin y al cabo, antes de servirle de adorno en su mesa jugó con estos objetos á desafiar la muerte. Y ello es siempre respetable.

Cuando moje la pluma en ese tintero que antes fué un obús, pensará que bien pudo mancharle de su propia sangre en vez de llenarle de tinta. Escribirá en los días futuros cartas á la novia, sumará cantidades y dibujará nuevos proyectos de objetos, ya que tan ingenioso es para construirlos. Donde estuvo encerrada la muerte estarán entonces el amor, la paz y el trabajo.

Aun siendo poco grato el recuerdo, podrá el canadiense ufanarse de él.

José FRANCES



Aparato inventado por el Dr. Bergonié para reemplazar una parte de la alimentación humana por medio de corrientes eléctricas